# LA ESCALA DE LA VIDA.

COMEDIA ORIGINAL

DIVIDIDA EN TRES ÉPOCAS,

DE

**D. TOMAS RODRIGUEZ RUBI.**

Honora patrem tuum et matrem tuam, ut sis longœvus super terram quan dominus Deus tuus dabit tibi.

Exodo.--Cap. XX.

N.º 300.

MADRID.

IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.

1858.

8

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T BORRAS

N.º de la procedencia
4420.

# PRIMERA EPOCA.

## AÑO DE 1800...

724197

| PERSONAGES. | ACTORES. |
|---|---|
| CASILDA, 19 *años*. . . . | Doña Teodora Lamadrid. |
| BLASA, 50 *id*. . . . . | Doña Lorenza Campos. |
| DON MARCIAL, 45 *id*. . | Don Joaquin Arjona. |
| CESAR, 20 *id*. . . . . | Don Julian Romea. |
| VALENTIN, 30 *id*. . . . . | Don J. Garcia. |
| PERICO, 20 *id*.. . . . . | Don Mariano Fernandez. |

Esta obra es propiedad de DON PABLO AVECILLA, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que distingue á los legítimos.

# PRIMERA ÉPOCA.

## AÑO DE 1800...

Una sala en casa del Coronel D. Marcial de Urrutia, Puerta en el fondo, otra en el costado derecho, dos en el izquierdo, una de ellas secreta; recado de escribir sobre una mesa, y en esta un bulto de yeso de Julio César.

## ESCENA PRIMERA.

CASILDA.—BLASA.

BLASA. (*Aplicando el oido á la puerta de la derecha y volviendo de puntillas al lado de Casilda.*)
¡Parece que Dios lo hace!
No se siente el menor ruido.

CASILDA. ¡Dios mio! que no le ocurra
levantarse á mi padrino
hasta que vuelva don César!

BLASA. Por si acaso, está Perico
ahí dentro, y procurará
entretenerle...

CASILDA. ¡El mocito
es resuelto!

BLASA. Como siempre;
y ahora que ya ha cumplido
los veinte de edad, y lleva

á bordo del San Francisco
dos años, con sus vivezas
y sus humos de marino,
es de creer que emprenderá
las diabluras con mas ímpetu.

CASILDA. ¡Quedarse fuera de casa
toda una noche!

BLASA. ¡Qué gritos
dará señor cuando sepa...
y ¡apenas el amo es rígido
como padre... y Coronel!

CASILDA. No, pues yo no se lo digo.

BLASA. Ni yo; pero si no vuelve
á tiempo, será preciso
que se entere...

CASILDA. Ese muchacho
no avanza por buen camino,
y al cabo se perderá...
si es que ya no está perdido.

BLASA. Eso... ¡vaya, Casildita!
es algo exageradillo.
Es muy vivo, atropellado...
¡buen corazon!... poco juicio...
¿á qué es decir otra cosa?
pero siempre fué lo mismo:
yo que he bregado con él
desde que era chiquitito,
puedo afirmar...

CASILDA. Pero es hoy
un hombre como un castillo,
y debiera...

BLASA. ¡Veinte años...

CASILDA. Yo aun no los tengo.

BLASA. Es distinto:
á los veinte, la mujer
se encuentra ya en todo el brillo
de la juventud, y llena
de encantos y de atractivos;
pero ¿el hombre? usted verá;
á los veinte... ¡no!... ¿qué digo?
se está cayendo de viejo,
y aun tiene mucho de niño.

CASILDA. Pues eso no le sucede

á don Valentin, su primo.

BLASA. Don Valentin es mayor,
pasa de los veinte y cinco,
y ademas, naturalmente
es despegado, sombrío...
Estos génios disimulan
mas que los génios festivos,
la niñez; pero en el fondo
allá se van... Está dicho;
los unos son niños serios,
los otros alegres niños.

CASILDA. Con todo, señora Blasa,
esta vez no convenimos
en cuanto á don Valentin;
cierto es que es un poco esquivo,
pero es un hombre formal,
militar muy distinguido,
pundonoroso, valiente,
y Capitan efectivo
de la Guardia Real; un hombre
por todos conceptos digno...

BLASA. ¡Ay!... si don César oyera
ese bello panegírico!...

CASILDA. Solo oiria la verdad.

BLASA. Y oyéndola, cada brinco
que daria... ¡Dios me libre!
perderia los estrivos...

CASILDA. Y ¿por qué?

BLASA. ¡Vaya! porque
ama á usted con tal delirio...

CASILDA. ¡Mucho! él delira por todo.

BLASA. En eso, no; ¡pobrecillo!
seamos justas con él.
¿Ha dado usted al olvido
sus juegos cuando muchacho...

CASILDA. Pasatiempos de chiquillos...

BLASA. Es que aun aquel pasatiempo
no ha *pasado*, por lo visto,
pues sigue buscando á usted
con un afan tan solícito
como antes.

CASILDA. No he notado...

BLASA. Pues yo sí; desde que ha venido

de la Carraca, no cesa,
con los criados antiguos,
de hablar de su Casildita.
—«¿Verdad que es todo un prodigio
de hermosura?»—nos pregunta.
—«Cuánto en mi ausencia ha crecido!
No, como mi señor padre
no se oponga á mis designios,
pronto la tendreis por ama
y señora del cortijo!»—

CASILDA. Pues! y esas bachillerias
van llegando á los oidos
de don Valentin...

BLASA. Que lleguen.

CASILDA. ¡Eso! y que pegue conmigo...
sin ir mas lejos, ayer
se marchó con un hocico
de á cuarta, porque don César
dió en jugar con mis ovillos
y en tirarme la labor...

BLASA. ¡No hay duda que fué un motivo
para enfadarse!... no importa,
que vaya de Dios bendito:
don César la quiere mas,
¡es tan puro su cariño!...

CASILDA. Sí, podrá ser; pero el otro
es mejor...

BLASA. ¡Qué desvario!
¿mejor mozo?

CASILDA. No... no; pero
es mejor... para marido.—

BLASA. ¿En eso piensa usted ya?

CASILDA. Ha tiempo que lo medito;
ya vé usted, señora Blasa,
que es tan justo como lícito
el que me vaya ocupando
un poco de mi destino.
¿Cuál es este? ¿A dónde debo
sin vacilar dirigirlo?
A unirme ante los altares
con quien ademas del título
de esposa, me dé un mañana
modesto, pero tranquilo.

Hé aquí todos mis deseos.
Huérfana y sin otro auxilio
que el que he hallado en esta casa
del Coronel, mi padrino,
no debo aspirar á mucho:
suspiran en torno mio
don Valentin y don César,
hijo uno, el otro sobrino
de mi noble protector;
y aunque de este he recibido
grandes pruebas de bondad,
no sin razon imagino
que me dará con mas gusto
á su sobrino que á su hijo.
Siendo esto así, ¿debo yo
pagar tantos beneficios
con la negra gratitud
de mortificar su espíritu?
Don César es su heredero,
es muy jóven, será rico,
y su padre, quién lo duda,
tendrá planes... muy legítimos.
No quiero darle disgustos;
bastantes y repetidos
son los que César le dá...
y voy á lo positivo.
Don Valentin es ya dueño
de escoger á su alvedrío
sin licencia de tutores
y sin tantos requisitos:
no es millonario, pero es
un escelente partido;
hombre de buena carrera,
celoso, cierto, algo díscolo;
mas la mujer ¿qué no doma
con su paciencia y su instinto?
Por último, yo lo veo
de este modo, y no vacilo:
entre Valentin y César
á don Valentin elijo.
¿Lo encuentra usted mal pensado?

BLASA. Ha hablado usted como un libro,
y me admira que á su edad

calcule con ese tino...
Aquí lo malo que encuentro
es el choque de los primos:
en cuanto don César se entere
de que es otro el preferido,
¡sabe Dios la que armará!

CASILDA. No es seguro ese peligro.
César partirá muy pronto;
anoche su padre dijo
que dentro de esta semana
saldrá para Puerto-Rico,
y hoy es viernes... partirá:
habrá lágrimas, suspiros,
pero asi que llegue á Cadiz
«no me acuerdo si te he visto.»
Ausente y á tantas leguas,
no es de temer un conflicto...
además, yo no le he dado
palabra, ni hay compromiso...

BLASA. ¡Dios le dé á usted mucho acierto...
¡Ay! me parece que he oido
pasos...

CASILDA. Vaya, será César.

BLASA. (*Mirando hácia el foro.*)
No es César, que es el primito...

## ESCENA II.

CASILDA.—BLASA.—DON VALENTIN.

VALENT. Buenos dias.

CASILDA. Buenos dias.

VALENT. (*A Blasa que se retira.*)
¿Se va usted porque he venido?
pues me alegro mucho.

BLASA. Ya,
ya esperaba yo ese fino
cumplimiento de su parte.

VALENT. Yo lo que siento, lo digo.

BLASA. ¡Si lo dijéramos todos!...

VALENT. ¿Acabaremos?

BLASA. (*Retirándose por el fondo.*) (¡Qué erizo!)

## ESCENA III.

CASILDA.—DON VALENTIN.

VALENT. Esa vieja me encocora:
yo no sé por qué mi tio
la tolera.
CASILDA. ¡Pobre Blasa!
la mira usted con...
VALENT. La miro
como debo; pero usted
le otorga su patrocinio.
CASILDA. Yo?
VALENT. Pues; ya se vé, está claro;
ha criado al señorito...
al que juega con usted,
al que le enreda los hilos
cuando cose... ¡es mucha suerte
la de algunos angelitos...
CASILDA. ¿Está usted de mal humor!
VALENT. Si señora, estoy que trino,
y me alegro!—Acabaré
por pegarme cuatro tiros...
CASILDA. ¡Ave María purísima!
VALENT. ¿Se rie usted?
CASILDA. Sí, me rio,
porque capaz no le creo
de cometer un delito.
Un hombre tan buen cristiano,
de tan honrados principios
como usted, ¿podria nunca
proceder de un modo indigno?
VALENT. Muchas gracias, señorita;
en lo que valen estimo
sus bondades; pero... pero,
á pesar de tantos títulos,
me tiene usted postergado,
subordinado, sumiso,
como quien dice, á un grumete...
y ¡esto me saca de quicio...
CASILDA. ¿Ese grumete será

don César?

VALENT. Pues, cabalito;
el señor Guardia marina.—

CASILDA. ¿Y altera su buen sentido
cosa que es tan natural?...
Ya sabe usted que conmigo
ha pasado su niñez;
que es un carácter muy vivo,
pero inocente, y que solo
con él me familiarizo
hasta un punto no vedado;
ademas, es un chiquillo...

VALENT. Sí, chiquillo; un tagarote
récio y alto como un pino...

CASILDA. *(Con afectada timidez.)*
Creí que con esos juegos
tan tribiales y sencillos
usted no se ofendería;
mas como yo no adivino...
como usted no se ha esplicado
de un modo claro y esplícito..,
ignoro sus intenciones...

VALENT. Es verdad qne no he caido
en decirle... pero bueno;
á ver si ahora me esplico.
Amo á usted profundamente,
y con este amor aspiro
á tenerla por esposa.
¿Acepta usted? convenidos:
al tio se lo diré
y es asunto concluido.
No acepta usted? Pues me embarco!
y desde Madrid á Quito.
¿He dicho algo? me parece
que me habrá usted entendido...

CASILDA. Si señor...

VALENT. Pues bueno, ahora
le toca...

CASILDA. Pero... ¡Dios mio!
me exije usted tan de pronto...

VALENT. No señora; nada exijo:
no quiero que diga usted
que la asedio ó la sitio,

¿De què tiempo necesita
para pensarlo?... Tres, cinco
minutos? pues haya calma;
que sean diez... concedidos.
Esperaré en el jardin
paseando... ¡Hola, Perico!
(*Sale este de la habitacion de la derecha.*)
mi tio ¿se ha levantado?

## ESCENA IV.

CASILDA.—DON VALENTIN.—PERICO.

PERICO. Sí señor; no está aun vestido...
VALENT. Dile que tengo que hablarle
dentro de un rato.
(*A Casilda.*) Lo dicho.—
(*Se retira por el fondo izquierda.*)
CASILDA. (Ya se esplicó; por mi parte
no haré esperar la respuesta.)
PERICO. (*En voz baja.*)
¿Está ya en casa?
CASILDA. ¿Qué dices?
PERICO. Digo ¿que si está de vuelta
el señorito?
CASILDA. No sé,
creo que no.
PERICO. Santa Tecla!
El caso es que ya mi amo
está de punta...
CASILDA. Aquí es ella!
PERICO. Y va á salir... La fortuna
es que hoy le ha entrado la tema
de ganar á Gibraltar,
y ha hecho un mapa, y le dá vueltas,
y alza la voz, como si
mandára una accion de guerra.
Pero despues de la accion
pasará lista... por fuerza,
y el señor Guardia marina...
¡aquí te quiero escopeta!
CASILDA. Responde por él.

PERICO. No sirve;
la presencia... es la presencia.
CASILDA. Pues no hay medio; se le dice
la verdad; tú se la cuentas...
PERICO. ¿Yo?
CASILDA. Sí.
PERIDO. ¿Yo la he de contar?
Es que luego me solfea
el señorito, y me llama
soplon... como si pudiera
uno ocultar lo que hace...
(*Señalando al busto que hay sobre la mesa.*)
Ahí está don Julio César,
que no me dirá que miento,
á quien el amo conserva
y tiene en tan grande estima!
pues en una ventolera
ayer me lo disparó
y le rompió la cabeza.
Yo recogí los dos cachos,
y los ajunté con cera;
pero en cuanto el Coronel
lo mire un poco de cerca,
conocerá la avería,
y ya está armada la gresca.
Lo mismo que si hoy le ocurre
salir á caballo... ¡buena!
buena ha puesto el señorito
la cuadra! Sàcó la yegua
ayer, y la trajo coja:
antiyer corrió la espuela
al tordo, y le desgarró
los hijares una tercia.
Al morito le ha pegado
tan soberana carrera,
que el pobre animal, ni come,
ni bebe, ni se menea.
CASILDA. ¡Jesús, qué calamidad!
PERICO. Conque á ver cómo se arregla
el tinglado, y cómo oculto...
CASILDA. Pues, Perico, haz lo que puedas
por remediarlo, y si no
basta, ¿qué hacer?... le das cuenta...

PERICO. Eso!... y luego... Digo á usted
que ya falta la paciencia...
CASILDA. Aquí sale mi padrino...
PERICO. Pues cuéntele usted...
CASILDA. Espera!
dile tú...
PERICO. (*Echando á correr hácia el fondo, y como si alguien le llamára.*)
¡Voy!
CASILDA. (*En actitud de retirarse tambien.*)
No, pues yo...
(*Sale el Coronel don Marcial con el plano de una plaza fortificada, que coloca sobre la mesa.—Casilda y Perico se detienen.*)

## ESCENA V.

DON MARCIAL.—CASILDA.—PERICO.

MARCIAL. ¿Y César? ¡Dónde está César!
¿por qué no se ha presentado?
PERICO. (*Cuadrándose y con la mano arriba.*)
Mi Coronel: ahí afuera
está el señor Capitan,
y parece que desea
hablar con Usía... Voy
á prevenirle...
(*Desaparece por la izquierda del fondo.*)
CASILDA. (Y me deja
sola con él!...) Buenos dias,
padrino.—
MARCIAL. Buenos los tengas.
Pero el caso es que ninguno
de vosotros me contesta
adónde está ese muchacho:
¿por qué no se me presenta
á la hora que es?...
CASILDA. Lo ignoro...
es posible que aun no sepa...
¡yo no le he visto!... porque
tengo un poco de jaqueca,
y solo he venido aquí...

mas Blasa que es la que brega
con él... sabrá... ¡Por supuesto!
voy á decirle que venga.—
*(Se retira por la habitacion de la izquierda.)*

## ESCENA VI.

DON MARCIAL.—*Despues* DON VALENTIN.

Yo, al señor Guardia marina
le haré soltar la pereza.
Qué! ¿no hay mas que relajar
las leyes de la obediencia?
*(Aparece en el fondo don Valentin, y saluda á su tio militarmente.)*

VALENT. ¿Mi Coronel?

MARCIAL. ¿Eres tú?
Valentin, á tiempo llegas.
Sabe que esta madrugada,
serian las cuatro y media,
he ganado á Gibraltar.

VALENT. Soñando?

MARCIAL. *(Con acritud.)*
Soñando... en vela!
*(Llevándoselo á la mesa y señalando sobre el plano.)*
Aquí está mi pensamiento;
¿qué hay que decir de esta idea?
Por esta parte del muelle
lo tomó la escuadra inglesa
noventa y seis años hace,
y yo lo tomo por esta.
Desde aquí y á esta distancia,
puede abrirse la trinchera:
en cuatro dias se apagan
las baterías de tierra,
y avanzando las de sitio
en menos de dos hay brecha.
Un asalto combinado
con la escuadra, que ahora entra,
y fuegos de elevacion

por toda esta línea negra,
y no hay medio ¡adentro España!
ó perecen ó se entregan.—
¿Qué te parece?

VALENT. Muy mal.

MARCIAL. (*Volviéndole la espalda y paseándose violentamente.*)
¡Perico!... ¡Si hoy no me llevan..

VALENT. La plaza se encuentra hoy
tan dispuesta á la defensa,
que solo tomarse puede
por convenio ó por sorpresa.

MARCIAL. Bien, basta: todas las plazas
son tomables por la fuerza.

VALENT. Es segun...

MARCIAL. ¡No hay mas segun
que bala rasa y á ella!
¡Perico!
(*Aparece este en la puerta del fondo.*)

## ESCENA VII.

DON MARCIAL.—DON VALENTIN.—PERICO.

PERICO. ¿Mi Coronel!

MARCIAL. ¿Tendré yo que ir por César?
¡que se presente al momento!

PERICO. (*Dando frente á retaguardia.*)
Se le dirá en cuanto venga.

MARCIAL. ¡Cómo es eso!... ¿Ya ha salido?

PERICO. (*Id.*)
No señor: á la hora desta
no ha entrado desde ayer noche...

MARCIAL. ¡Desde ayer!... ¿Tenemos esa?
Pero ¿á dónde está?

VALENT. Arrestado.

MARCIAL. Arrestado... ¡qué vergüenza!
¿De qué órden?

VALENT. De la mia.

MARCIAL. ¿Qué causa?

VALENT. Desobediencia;
falta de respeto. Anoche

en casa de Mister Pétersman...

MARCIAL. ¿Ese que es medio judio?

VALENT. El banquero: con violencia
estalló un incendio: al punto
acudí, y encontré á César.
Le prohibí que penetrára
en aquella inmensa hoguera;
mas despreciando mis órdenes,
y aun de ellas haciendo befa,
arriba fué, encaramándose
á brazo por una cuerda.

MARCIAL. (*Con satisfaccion.*)
¡Jé!... firme...

VALENT. ¡Mi Coronel!...

MARCIAL. Es peor que una epidemia
eso, sí; pero valiente...
es valiente.

VALENT. ¿Usía aprueba
su irreverente conducta?
¿que á un superior en presencia
de tantos...

MARCIAL. ¿Qué es aprobar!
La disciplina severa
es el norte de mi vida,
la que dirige y alienta
á todo buen militar,
¡no hay ejército sin ella!
Señor Capitan, muy bien:
aplaudo sus providencias,
y le ruego que levante
ese arresto, que á mi cuenta
queda el hacer que se cumpla
lo que reste de la pena.
(*Don Valentin saluda y se retira por el fondo.*)

## ESCENA VIII.

DON MARCIAL.—PERICO.

MARCIAL. (*Paseándose.*) Tendré que abrirle en canal!
Me dá este hijo mas guerra
que una legion de demonios...

Es lo mismo que yo era
cuando entré en el regimiento...
¡Pues conmigo no se juega!
Le he tenido en los Toribios
seis meses; en la Cabrera
con los padres... y con todo,
se porta como un trompeta.

PERICO. ¿Manda Usía alguna cosa?

MARCIAL. (*Sentándose junto á la mesa.*)
Nada.—Oye, Perico!

PERICO. (*Acercándose.*)
¡Alerta!

MARCIAL. Que me busquen al momento
un buen coche de colleras,
y hasta nueva órden que espere.

PERICO. Á dónde?

MARCIAL. Junto á la puerta.
Echale al tordo la silla.

PERICO. ¡Malo!...

MARCIAL. ¿Está malo?...

PERICO. Renquea...
lo que es el tordo por hoy...

MARCIAL. Es igual, dispon la yegua.

PERICO. Está coja: y el morito
no puede... ni con la lengua.

MARCIAL. ¡Mis tres caballos inútiles!...
pero ¿á quién no desespera...
¿Con que á pié tendré que ir
á palacio?

PERICO. Por mi cuenta...

MARCIAL. Voy á mandar que te den
tres carreras de baquetas.
¿Así cuidas mis caballos?

PERICO. Mi Coronel... con licencia
de Usía... yo bien los cúdio;
lo que hay es que los revienta
á correr el señorito...
y á luego conmigo pegan...

MARCIAL. ¿Calle!... es él el que los saca?

PERICO. De juro! pues si él no fuera...
despues tiene el señorito
una mano y una espuela
capaces de estropear

una paer medianera.

MARCIAL. ¡Estropear mis caballos!...
(*Dando un puñetazo sobre la mesa con el cual se le cae la cabeza al busto.*)
¡picardia como ella!

PERICO. (¡Falló el pegote!)

MARCIAL. ¡Qué es esto?

PERICO. Como Usía dió en la mesa
tan fuerte...

MARCIAL. ¡Qué he de haber dado!
Pero ¿qué miro! aquí hay cera!
¡estaba ya roto!... ¡Quién
ha sido...

PERICO. Como no sea
cuando ayer me lo tiró
el señorito, y me...

MARCIAL. ¡Horrenda
profanacion!... ¡Arrojar
sobre el polvo, la cabeza
de un héroe, del capitan
mas sábio que hubo en la tierra!...
¡Tremendo será el castigo!
¡Oh! invicto Julio! ¡Ah gran César!...

## ESCENA IX.

CÉSAR.—DON MARCIAL.—PERICO.

CÉSAR. Presente!

MARCIAL. ¡No hablo de usted!

PERICO. (*Retirándose con disimulo.*)
Escapemos de la quema...

CÉSAR. Padre mio...

MARCIAL. ¡No soy padre
de usted!

CÉSAR. No? vaya una nueva!
¿Quién es mi padre, señor?

MARCIAL. No le importa: solo encuentra
en este lugar á un gefe,
y á un gefe que no tolera
delitos de disciplina,
ni faltas de reverencia.

¡Cuádrese usted! (*Lo hace.*) Los talones
unidos; puntas afuera...

CÉSAR. (*Bajando la mano y tomando su ordinaria actitud.*)
Es que si Usía no es
mi padre...en vano se empeña...
en mandar... pues no obedezco.

MARCIAL. Cómo es eso!... resistencia
un simple Guardia marina
á un Coronel...

CÉSAR. Aunque venga
un ejército!... primero
me ametralla, que obedezca.

MARCIAL. Pero sabes, desgraciado,
que esas palabras blasfemas
te costarian la vida
en un consejo de guerra?

CÉSAR. La vida!... sí; ¿qué le importa
el que la vida se pierda
al que ha perdido á su padre...
si señor, pues se lo niegan;
á un padre que es un modelo
de bizarria y nobleza?

MARCIAL. (*Enternecido.*)
(Maldito, y por donde salta!
Tiene el génio de una fiera
pero amante de su padre!...)

CÉSAR. Desde hoy la vida me pesa,
y haré por que me fusilen...

MARCIAL. (*Levantando la voz.*)
Vamos á ver! qué simpleza
de fusilamiento ahora!...
Ven acá. No te revela
(*Tocándole en el pecho.*)
eso que llevas ahí dentro
á quién debes la existencia?

CÉSAR. Sí, señor! pero me irrita
que me niegue...

MARCIAL. (*Con afectada seriedad alargándole la mano.*)
Bueno! besa.

CÉSAR. (*Arrodillándose y besando la mano de su padre con alegría.*)
Padre mio! de rodillas

besaré esta mano excelsa
tan fuerte como gloriosa!

MARCIAL. (*Procurando dominar su emocion.*)
(Ya estoy hecho una manteca...
rabiando por abrazarle...
Es un pua de primera...
Pobres caballos!... Hagamos
por recobrar la entereza...)
Está bien, arriba, arriba,
y atencion.—Esto no queda,
(*Paseándose.*)
no puede quedar así...

CÉSAR. (Ahora...)

MARCIAL. Y vamos á cuentas.
Qué has hecho de mis caballos?

CÉSAR. Dar por ahí cuatro carreras
y enseñarles á saltar;
pero son tres cañas viejas...

MARCIAL. ¡Cómo cañas!

CÉSAR. Si señor.

MARCIAL. Firmes!
(*César se cuadra.*)
Hay tal insolencia!
Cañas á tres animales
que han hecho toda la guerra
del Pirineo!... ¿Y el busto,
y el busto de Julio César?

CÉSAR. Se cayó... y como es de barro...
si hubiera sido de piedra...
pero si un César se ha roto
aquí ha quedado otro César.

MARCIAL. Mira, deja los equívocos,
que no está la Magdalena
para bromas. Has faltado,
y de muy mala manera,
á tu primo, á un Capitan,
que á tu lado representa...

CÉSAR. (*Adelantándose.*)
Pero, padre!...

MARCIAL. Firmes!... digo...
(*Cesar vuelve á cuadrarse.*)
y ¡ay de tí, como te muevas!

CÉSAR. Es que mi primo tambien

á cada instante la echa
de gefe...

MARCIAL. Está en su derecho,
por su grado y su esperiencia.
No entiende mucho de asaltos
de plazas, ni de estrategia!...
pero esto sus inferiores
no deben tenerlo en cuenta.
¿Quién anoche te mandaba
meterte á locas y á ciegas
en la casa de un herege?

CÉSAR. El grito de mi conciencia.
Todos son hijos de Dios...
Vi que volaba en pabesas
una casa, y penetré
con la mayor diligencia...
no en vano, que al cabo hice...

MARCIAL. Ya!... lo que cascaciruelas.—
Esponerse á perecer
entre el fuego y la humareda,
sin hacer caso de nadie,
pues!... y venga lo que venga.
¿No es esto, caballerito?
(*Sale Perico con una carta que entrega, cuadrándose, á don Marcial.*)

## ESCENA X.

DON MARCIAL.—CÉSAR.—PERICO.

PERICO. Mi Coronel, esta carta
que la acaban de traer...

MARCIAL. Quién?

PERICO. De parte de la casa
donde anoche hubo la quema...

MARCIAL. (*Abriendo la carta.*)
Y á mí para que me mandan...
(*César alarga la pierna, y dá un fuerte puntapié á Perico, quedándose cuadrado.*)

PERICO. (*Gritando.*)
Ay!

MARCIAL. Qué es eso?

PERICO. Que he sentido
un tenton por retaguardia...
MARCIAL. (*A César.*)
Todo el arrepentimiento
es ese...? Perico!... saca
un fusil con bayoneta
de los mas pesados... anda!
(*Entra Perico en la habitacion de la derecha.*)
¿Parece que importa poco
la reprension, señor Guardia?
á ver si con el castigo
se logra tenerle á raya.
CÉSAR. Pero si...
MARCIAL. ¡No admito escusas!
ya la paciencia se acaba,
y me pondrás en el caso
de aplicarte la ordenanza.
(*Sale Perico cargado con un fusil armada la bayoneta.*)
PERICO. Bien pesará veinte libras...
MARCIAL. Vete: arréglame la cama.
PERICO. (*Volviendo á la habitacion de la derecha.*)
(Si me le irá á fusilar!...)
MARCIAL. (*Colocando á César de frente al costado derecho de la escena y entregándole el fusil. César obedece las voces de mando.*)
A mí el frente: toma el arma.
Firmes!... Al hombro... Arm!... Bien.
Preparen, au! Apún! Hasta
que te dé la voz, de *Fuego*!
quieto ahí; ni una pulgada
has de bajar el cañon.
CÉSAR. (Apenas hace romana...)
MARCIAL. (*Leyendo la firma.*)
«¿Pétersman?»—Muy señor mio;
qué me quiere esta gentualla?
(*Lee.*)
«Señor Coronel:
Sabemos que vuestro valiente hijo ha sido arrestado, á consecuencia de los favores que anoche nos dispensó, favores que le agradeceremos profundamente mientras nos dure la vida. Pero aquí debe existir alguna mala inteligencia.

Vuestro hijo se ha portado como un héroe...»
*(Suspendiendo la lectura.)*
Se porta como quien es...
*(Dando una patada al ver que César ha dejado caer el cañon, que vuelve á levantar.)*
Firmes!... Le viene de raza.
*(Continúa leyendo.)*
«Como un héroe, y merece seguramente premio, pero no castigo. Ha salvado á nuestra pequeña hija Delia que se hallaba durmiendo en su cuna en una habitacion rodeada por las llamas. Perdonad, señor, que intercedamos por él; le somos deudores, no solo de la salvacion de nuestra querida hija, sino tambien de muchos objetos preciosos, que sin su noble arrojo hubieran perecido entre los horrores del *fuego.*»
*(Al pronunciar el Coronel la palabra fuego, dispara César el fusil, que tiene apuntado hácia la puerta de la derecha, al mismo tiempo que por ella sale Perico, quien cae rodando por el suelo. César deja el fusil sobre la mesa. Al ruido acuden Casilda por la izquierda, Blasa por el fondo.)*

## ESCENA XI.

DON MARCIAL.—CÉSAR.—PERICO.—*Despues* CASILDA.—BLASA.

PERICO. *(Cayendo.)*
Jesus!!
MARCIAL. *(Corriendo hácia Perico.)*
¡Por vida...
CASILDA. ¡Padrino!
BLASA. ¿Qué sucede...
CÉSAR. *(A Blasa.)*
Nada, Blasa;
que he dado á Perico un susto...
MARCIAL. ¡Perico!
PERICO. *(Tendido boca arriba, y llevándose la mano á la frente.)*
¿Mi Coronel?

MARCIAL. Vamos, ¡gracias
al cielo que me conoce!...
¿Por dónde ha entrado la bala?
PERICO. Por todo el cuerpo, señor.
CASILDA. Jesús!... Jesús ¡qué desgracia!
MARCIAL. ¿Te duele aquí?...
PERICO. Mas abajo.
MARCIAL. ¿Por aquí?
PERICO. Cerca le anda.
MARCIAL. Pero no encuentro la herida,
ni aquí hay sangre... ¿A ver? levanta
un poco el cuerpo, si puedes...
PERICO. (*Se sienta sin quitarse la mano de la frente.*)
Ya está.
MARCIAL. (*Tentándole.*)
Por aquí no hay trazas...
ni en todo este medio cuerpo...
Escupe!... Saliva blanca,
saliva medrosa; bien:
¿hay algo en las piernas?
PERICO. (*Moviéndolas con agilidad.*)
Nada.
MARCIAL. (*Dándole un empellon.*)
Pues entonces, badulaque,
¿á qué vienes?...
CÉSAR. Si es un maula.
PERICO. (*Incorporado.*)
Como al salir recibí
de pronto aquella descarga...
CÉSAR. Si fijé la puntería
cinco ó seis líneas mas alta.
MARCIAL. Bien; ya te daré yo que apuntes,
y que nos llenes de alarma...
¿A qué ha venido esta atroz,
estupenda salvajada?
¿Tienes el diablo en el cuerpo?
CÉSAR. Yo obedezco á quien me manda.
Usted dijo:—*Fuego*!
MARCIAL. ¿Yo!
CÉSAR. Si señor, en voz bien clara
dijo usted cuando leia,
*fuego*! y yo sobre la marcha...
MARCIAL. Pero aquel *fuego* que dije,

era el fuego de la carta...

CASILDA. Y yo de eso ¿qué sabia?
como me hallaba de espaldas...

MARCIAL. (*Paseándose violentamente.*)
No hay medio con él; á todo,
á todo salidas halla,
mas ¡qué salidas! y siempre
así... me mata! me mata
á pesadumbres!... pues no!
voy á cerrarme á la banda...
(*A Perico.*)
¿Vino el coche?

PERICO. Sí, señor.

MARCIAL. Hoy mismo saldrás de casa;
te embarcaré, y en tres años
no vas á salir del agua.—
(*Entra furioso en la habitacion de la derecha.*)

CÉSAR. De todo tiene la culpa
este perro, este canalla...
(*Echando mano al fusil que está sobre la mesa; deja caer el tintero que se vierte sobre el plano de Gibraltar.*)
Le voy á ensartar!...

CASILDA. (*Sujetándole.*)
¡Ah!

BLASA. (*Id.*)
¡Oh!

PERICO. Señorito!!...

BLASA. ¡Vírgen santa!
¡has derramado el tintero...

CÉSAR. Nada importa.—

PERICO. ¡Y sobre el mapa!...
¡ya se perdió Gibraltar
otra vez!—

CÉSAR. ¿Veis cómo charla?
Dejadme que lo atraviese
para que meta cizaña...

PERICO. Pero si yo... no...

CÉSAR. ¡Soplon!

CASILDA. Vamos á ver si te callas
y dejas en paz al pobre!...

CÉSAR. Porque tú me lo demandas...
mas como vuelva otra vez

á llevar chismes, de cada...

BLASA. Si tú no hicieras diabluras
no diria una palabra;
pero todo lo revuelves...

CÉSAR. ¡Hum! ¿tú tambien me regañas?

BLASA. ¿Y qué he de hacer? si contigo
no hay un momento de calma...
Vaya! Pedro, sal afuera;
yo iré contigo... ¡Despacha!
(*Perico sale acompañado de Blasa, sin quitarle la vista á César. A un movimiento de este, aprieta á correr.*)

## ESCENA XII.

CASILDA.—CÉSAR.

CASILDA. ¡Ay César! de dia en dia
vas siendo peor.

CÉSAR. Me agrada
la lisonja... Pues no sé
por dónde esa cuenta sacas.
Yo no me meto con nadie;
pero ello es que se baraja
de modo, que siempre llevo
todo el peso de la carga.

CASILDA. Ya has escuchado á tu padre,
hoy mismo saldrás...

CÉSAR. Caramba,
y es verdad; pues yo no salgo
tan pronto... ni con tenazas!

CASILDA. Habla mas bajo!

CÉSAR. (*Levantando mas la voz,*)
¡Hablaré!
pero de aquí no me arrancan
aunque... ¡Vaya! hace seis dias
que vine de la Carraca,
¿y ya pretenden que vuelva
á enterrarme entre las tablas?
¿Soy yo nudo ó soy polilla?...
No, y á mí no me acobarda
pasar la vida en el mar

cerca ó lejos de las playas;
pero tú no estás allí:
allí tu voz no me habla,
ni abrasa mi corazon
el fuego de tu mirada.—
Y... ¡claro!... al saltar en tierra,
he jurado no dejarla
hasta casarme contigo.

CASILDA. ¡Oh!... (¡Si pudiera ser!. .) Calla...
y no digas disparates.

CÉSAR. ¡Cómo, Casilda del alma!
¿es disparate el quererte?
pues, mira, la fecha es larga;
si amarte es disparatar,
haz cuenta, así, de pasada,
que vengo disparatando
desde mi dichosa infancia.—
Y no me pesa ¡lo juro!
cuanto mas el tiempo avanza,
mas te adoro y mas te siento
adherida á mis entrañas.

CASILDA. (¡Dios mio!... ¿cómo escuchar...)
Vamos, César; cambia, cambia
de conversacion... Tu padre,
aunque tú todo lo allanas,
jamás licencia daria...

CÉSAR. Nos escapamos; nos casan.
volvemos dentro de un mes,
nos dá su perdon... y pajas.

CASILDA. O se indigna, y enfurece,
y te abandona y se casa,
y luego te deshereda,
y nos maldice.—(¡Bobada!
Valentin es mas seguro.)

CÉSAR. ¡De cuán poco te amilanas!
Lo que importa por ahora
es que tú, con esa mágia
que tienes, hables con él,
y le pidas que mi estancia
prolongue por unos dias:
á mi padre se le pasa
todo al momento; y en tanto
yo arreglaré lo que falta.

CASILDA. Pero... es que...
CÉSAR. ¿Te negarás,
Casilda, á ser mi abogada?
CASILDA. Yo... no...
CÉSAR. ¡Pues somos felices!
tú conseguirás la gracia...
CASILDA, Veremos... Alguien se acerca.
CÉSAR. (*Mirando por el fondo.*)
Es Valentin, ese facha.
CASILDA. (*Dirigiéndose al cuarto de don Marcial.*)
(Ay!... si me encuentra con él,
de seguro habrá borrasca.)
CÉSAR. ¿Vas á pedirle...?
CASILDA. Sí, sí...
(Voy á decirle que salga.)

## ESENA XIII.

DON CÉSAR.—DON VALENTIN.

VALENT. ¿Con quién estabas hablando?
CÉSAR. Con quien me daba la gana.
VALENT. ¿Es modo de responder
á un superior...
CÉSAR. Vaya, vaya,
con tu superioridad:
á todas horas la encajas.
Aquí no estoy de servicio.—
VALENT. Escuche usted, señor Guardia;
medite bien lo que dice
y modere sus palabras,
si no quiere que le trate
peor que á un cabo de escuadra.
CÉSAR. Oye tú, Capitancillo...
VALENT. ¡Cómo que...
CÉSAR. No me eches plantas;
estoy en mi casa, ¿entiendes?
El motivo de tu saña
ha dias que lo sospecho;
y si vienes con bravatas,
te agarro, y sin mas ni mas
te tiro por la ventana.

VALENT. ¡Miserable!...
CÉSAR. Qué! ¿qué has dicho?
¿Miserable... ¡á mí!... me llamas?
Si no quieres que te escupa
y que te cruce la cara,
desdícete!
VALENT. Lo repito.
CÉSAR. Tú y yo ceñimos espada:
si lo quieres repetir
y probarme tu arrogancia,
sígueme al jardin, es cosa
que al momento se despacha.
Ven, si no eres un cobarde.—
VALENT. ¡Yo cobarde! aguarda, aguarda!
(*Desaparecen por la puerta secreta, dejándola cerrada. Salen de la habitacion de la derecha Casilda y don Marcial, este con uniforme.*)

## ESCENA XIV.

CASILDA.—DON MARCIAL.—*Despues* PERICO.

MARCIAL. No te molestes, Casilda...
CASILDA. (No están...)
MARCIAL. En vano te cansas;
no hay perdon, ya va de muchas
y hoy mismo emprende la marcha.
(*Acercándose á la mesa.*)
Todo está ya preparado...
mas ¿qué miro! infamia! infamia!...
¿quién ha manchado este plano?
¿á que ha sido él?
CASILDA. Con la zambra
que hace poco se armó aqui,
volcó el tintero...
MARCIAL. ¡Y la mancha
no ha sido cosa mayor...
¡Adios mi plan de batalla!
Vuelta otra vez... Ese pícaro
quiere que yo le haga rajas!
(*Sale Perico apresuradamente.*)
PERICO. ¿Mi Coronel?...

MARCIAL. ¿Qué sucede?
(*Perico le habla un momento al oido.*)
CASILDA. (¿Por qué le hablará en voz baja...)
MARCIAL. Sí? los dos?
PERICO. Si señor.
MARCIAL. (*Colérico.*) ¡Cómo...
¿A ver dónde hay una tranca!
(*Desaparece á escape por el fondo.*)

## ESCENA XV.

CASILDA.—PERICO.

CASILDA. ¿Qué le has dicho?
PERICO. ¡Señorita...
CASILDA. ¿Es cosa tan reservada
que no la puedo saber?
PERICO. Es una cosa... que espanta!...
y no quisiera decirla,
porque luego hay zalagarda,
y que si traigo, y si llevo...
y á la postre nadie paga...
CASILDA. Adónde está el Capitan?
qué es de César?
(*Sale Blasa acongojada por el fondo.*)

## ESCENA XVI.

CASILDA.—BLASA.—PERICO.

BLASA. ¡Que se matan!
CASILDA. Ah!
BLASA. ¡Corre, Perico!
PERICO. (*Desapareciendo por el fondo.*)
Voy!
CASILDA. !Hable usted!...
BLASA. ¡Estoy en brasas!...
¡Hijo mio!... en el jardin...
los dos...
CASILDA. Qué!
BLASA. Con las espadas...

los he visto... pero el amo
echando chispas hajaba...
*(César abriendo de un puntapié la puerta secreta y con la espada desnuda.)*

## ESCENA XVII.

CASILDA.—BLASA.—CÉSAR.

CÉSAR. Escondedme!
LAS DOS. *(Gritando.)*
Ay!
CÉSAR. No griteis!
¡Escondedme que me atrapa
mi padre!...
BLASA. ¡Vienes herido?
CÉSAR. Yo herido!... ¡por santa Bárbara!
BLASA. No jures!
CASILDA. Pero ¿¡le has muerto!
CÉSAR. No sé; tiene una estocada...
CASILDA. ¡Qué horror!
CÉSAR. ¡A dónde me escondo...
que ya escucho las pisadas...
BLASA. Mira, abajo espera un coche,
éntrate en él...
CÉSAR. Sí!
BLASA. Y escapa!
CÉSAR. No me detengo hasta Cádiz.
Si esta ausencia fuera larga,
Casilda ¡que no me olvides!
en tí cifro mi esperanza...
CASILDA. (Asesino!)
CÉSAR. Adios!
BLASA. *(Acompañándole hasta el foro.)*
Adios...
y que vaya en tu compaña!

## ESCENA XVIII.

CASILDA.—BLASA.—*Despues* DON MARCIAL.

CASILDA. (Me mata el novio... y se vá!...
¡Hay mujer mas desdichada!)
*(Sale Marcial por la puerta secreta.)*
MARCIAL. ¿Dónde está ese condenado!
¡Si á echarle llegó la zarpa...
BLASA. Señor!... señor! por la Vírgen
y por las benditas ánimas,
serénese Usía!...
MARCIAL. Quita!
Adónde está?
*(Ruido de campanillas y de un carruaje que se aleja.)*
BLASA. Ya de casa
en ese coche se aleja...
MARCIAL. Sí? ¡bendito de Dios vaya!
Me alegro; asi como asi
á mi intencion se adelanta.
CASILDA. Y... ¿qué ha sido de su primo?
¡ha muerto!...
MARCIAL. No ha sido nada...
un rasguño en un costado
de poquísima importancia...
La estocada iba á buen sitio..,
¡Tiene el chico unas agallas!...
Mas no he sabido hasta ahora
que has sido tú... tú, la causa
de ese duelo maldecido.
CASILDA. ¡Yo, señor...
MARCIAL. Ambos te amaban,
segun dice Valentin...
Con que á ver cómo se zanja
esto ¡y pronto! pues no quiero
que mas escándalos haya.
César no es mas que un recluta
que aun no le apunta la barba...
Valentin... es otra cosa,
es Capitan, y te ama....
¿Te quieres casar con él?

Dí?

CASILDA. Yo... si usted me lo manda...

MARCIAL. No mando, te lo pregunto.

CASILDA. Pues... si señor.

MARCIAL. Acabaras!
Tan luego como se cure
y consiga la Real gracia,
arreglaremos la boda,
y en paz.

CASILDA. (¡Ya soy capitana!)

BLASA. ¿Quiere Usía, ya que el duelo
ha sido una muchachada,
que hagamos volver á César?
¿á ver si un propio le alcanza...

MARCIAL. (*Furioso.*)
¿Qué es venir! primero que él,
vengan las siete y mas plagas
de Egipto, y que todas juntas
sobre mi cabeza caigan.
No ha de volver en seis años...
y es cosa determinada.
Yo necesito vivir
un poco mas á mis anchas,
no quiero por hoy familia;
ni noviajos ni mas danzas,
y resuelvo lo siguiente:—
Tú, Casildita, te casas:
tú, Blasa, irás á cuidar
mis haciendas de Navarra;
César, ese badulaque,
se embarcará sin tardanza,
y yo me voy con Perico
al cuartel desde mañana.

FIN DE LA PRIMERA ÉPOCA.

# SEGUNDA EPOCA.

## AÑO DE 1820...

| PERSONAGES. | ACTORES. |
| --- | --- |
| CASILDA, 39 *años*. . . . | Doña Teodora Lamadrid. |
| ANA, 18 *id*. . . . . | Doña Carolina Molina. |
| INÉS 25 *id*.. . . . . | Doña Josefa Garcia. |
| DON MARCIAL, 65 *id*. . | Don Joaquin Arjona. |
| DON CÉSAR, 40 *id*. . . . | Don Julian Romea. |
| EL CORREGIDOR DE MADRID. . . . . | Don Gregorio Lavalle. |
| PERICO, 40 *años*. . . . . | Don Mariano Fernandez. |

CONVIDADOS.

# SEGUNDA ÉPOCA.

## AÑO DE 1820...

Una sala en casa de la Brigadiera Doña Casilda. Una ó mas puertas en el fondo, que dejan ver salones iluminados. A la izquierda otra puerta.

Aparecen Ana delante de un espejo, é Inés contemplándola.

## ESCENA PRIMERA.

Ana.—Inés.

Ana. Me doy por ataviada.
Inés. Póngase usted unos lazos.
Ana. ¿A qué tantos embarazos?
Inés. Ni flores, ni perlas?
Ana. Nada.
Inés. Ya tan sencilla... eso es
querer presentarse mal.
Ana. Así, dice el General
que le gusto mas, Inés.
Inés. Bien; pero calculo yo
por esa opinion donosa
que no entenderá gran cosa
de modas.
Ana. Y ¿por qué no?
Inés. Porque no he visto jamás
los inciensos militares

humear en los altares
de la moda...

ANA. Eso...

INÉS. Además,
el General, ya me esplico,
que de ella no cuide mucho...

ANA. Pues?...

INÉS. Será un hombre machucho...

ANA. La misma edad que Perico.

INÉS. Sí?

ADA. Y tal vez no llegará.

INÉS. Eso en su favor previene.

ANA. Figúrate, solo tiene
un año mas que mamá.
Y á juzgar por sus amenos
raptos de noble alegría,
Inés, cualquiera diría
que tiene diez años menos.
Y eso que en guerra infernal
trabajó como un valiente;
pero es hombre tan corriente,
tan brioso, tan jovial,
que á pesar de haber sufrido
balas, trabajos sin cuento.
ni ha desmayado su aliento,
ni apenas ha encanecido.
Cuando con su padre fuí
á Valencia el mes pasado,
¡qué bien me encontré á su lado!
y ¡cuánto me divertí!
El mandaba en la ciudad,
y lo dispuso de modo,
que mientras estuve, todo
fué goce y amenidad.
Entonces, entonces fué
cuando del mar en la orilla
me dijo una tardecilla...
¡lo que nunca olvidaré!—
«Anita, galana vas;
pero con tanta hojarasca
pareces una tarasca;
sin ella me gustas mas.»—
Me avergonzó aquella vez,

y huyendo de otro bochorno...
ya lo estás viendo, me adorno
con la mayor sencillez.

INÉS. Si usted está decidida
á agradarle...

ANA. Hoy, en rigor,
debo hacerlo: es en honor
de su anhelada venida
la fiesta que dá mamá,
y el mejor modo de honrarle
sin duda, es el de agradarle
como es justo...

INÉS. Claro está.
Me parece que ya veo
ir despejándose el astro
de un excelente padrastro
para usted.—

ANA. (Eh!... tal no creo.)

INÉS. Pues yo no aseguraré
que...

ANA. ¿Sospechas que mamá
piense... Jesús!... si hace ya
veinte años que no le vé!
Y en él, ni la menor huella
de ese intento se descubre:
allá, en todo el mes de octubre
ni aun me preguntó por ella.

INÉS. Con usted nunca hablará
de eso... pero se medita...
Ello dirá, señorita.

ANA. Inés, bueno; ello dirá:
nos hará mucha merced
si es así, grandes favores...
¿Aquí, Perico...?
(*Sale este por el fondo con dos ramitos de flores.*)

## ESCENA II.

ANA.—INÉS.—PERICO.

INÉS. ¡Y con flores!
ANA. ¿Para quién son?
PERICO. Para usted,
y este otro para mamá,
de parte de su Excelencia:
dice que son de Valencia,
y que si venir podrá
dentro de un rato...
ANA. Al momento,
cuando quiera...
PERICO. Siendo así,
estoy ya demás aquí.
(*Saludando á Ana.*)
Con el mayor rendimiento...
ANA. Espera, que á mamá quiero
decir... nos tiene encargado
que se le pase recado
cuando vengas...
PERICO. Pues espero.
(*Se retira por la izquierda.*)

## ESCENA III.

INÉS.—PERICO.

INÉS. Y para mí ¿ni una flor?
PERICO. Pues qué, Inés, ¿cuando te veo
te echa pocas mi deseo?
INÉS. Esas no tienen olor.—
PERICO. ¡Válganos Dios! ¿así estás?
Aguántate, serafin;
que ya haremos un jardin
entre tú y yo, y olerás.
INÉS. Apuesto á que no has hablado
al señor General de...
PERICO. Pues pierdes, que sí le hablé.

INÉS. Sí?
PERICO. Vaya!
INÉS. Y ¿qué ha contestado?
PERICO. Así con cierta sonrisa,
y retorciendo el hocico,
dijo...—«El casarse, Perico,
no es cosa que quiere prisa.»—
INÉS. Me gusta... por esa cuenta
no sé para cuándo aspira
á que te cases: pues, mira;
ya pasas de los cuarenta.
PERICO. Y qué!
INÉS. Que ya te conviene
no descuidar... tu edad es...
PERICO. Bah; cuarenta años, Inés,
eso... cualquiera hoy los tiene.
No hay mas que... por de contado,
al General... como suelen
decir... las bodas le huelen...
peor que á pelo quemado.
Por eso su buen humor
atisvo, y cuando le encuentro
en punto... con maña le entro...
pero cá! ¡si es un horror!
cuando de esto hablo con él,
se rie de mí sin tasa;
y luego... como su casa
siempre ha sido mi cuartel,
aunque es un hombre completo,
me deja que rabie y pene,
porque... ¡vamos! no me tiene
ni tanto así de respeto.
Pero con cachaza... espera!
que ya saldremos tal cual;
sino es con mi General
será con tu Brigadiera.
INÉS. Pamplinas, conversacion...
PERICO. Qué!... si le he cogido el flaco,
ya verás tú como saco...
INÉS. Lo que el negro del sermon.
Estos señores, jamás
se acuerdan mas que de sí...
PERICO. Lárgate, que sale aquí.

INÉS. Pues al alma...
PERICO. Ya verás.—
*(Se retira Inés por el fondo, y sale Casilda por la izquierda.)*

## ESCENA IV.

CASILDA.—PERICO.

CASILDA. Pedro, adios.—
CASILDA. *(Saludando militarmente.)*
Mi Brigadiera...
Dios guarde á su Señoría.
¡Jesús!... ¡lo que yo diria
si yo decirlo pudiera!
CASILDA. Qué?
PERICO. Mas... soy un avestruz...
CASILDA. Dí todo cuanto quisieres;
ya te conozco, sé que eres,
Perico, un buen andaluz.
PERICO. Pero un andaluz, señora,
que siempre está en lo real...
CASILDA. Da gracias al General
por su recuerdo de ahora,
memoria poco esperada;
y dile que no vacile
en venir á verme, y dile
que estoy con él enojada.
¡En Madrid tres dias ya,
y sin verme todavia!
PERICO. Ya vino, y no estaba Usía...
CASILDA. Y no ha vuelto.
PERICO. Volverá.
Y en volviendo de seguro,
al verla como la veo,
se irá el enojo á paseo...
CASILDA. Lo crees así?
PERICO. Pues de juro!
CASILDA. Mi desconfianza ¡es tanta!...
PERICO. ¿Desconfianzas tenemos?
CASILDA. Veinte años que no nos vemos...

¡Es una fecha que espanta!

PERICO. Pues, señora, lo que es yo
no me doy por espantado;
porque como no han pasado
para unos si, y otros no...

CASILDA. Las cosas se suelen ver
á esa edad de tal manera...

PERICO. Lo que es él, mi Brigadiera,
igual las mira hoy que ayer.—

CASILDA. Pues será una maravilla...
y ¿comunica...

PERICO. Con todos.

CASILDA. ¿Habla de mí?

PERICO. Por los codos.

CASILDA. Y ¿qué dice?

PERICO. ¡Friolerilla!
Dice que en sueños la vé
con aquel rostro divino...
y que si fué... y que si vino...
y dale... y ¡qué sé yo qué!

CASILDA. ¿Con aquel rostro...

PERICO. Celeste,
que era su gloria y regalo...

CASILDA. ¡Malo, Perico, muy malo!..
porque aquel rostro no es este.
Acaso al vernos los dos,
hallará una verdadera
vieja en mí...

PERICO. Mi Brigadiera!...
¡eso es ofender á Dios!

CASILDA. ¿No me encuentras muy cambiada?

PERICO. Señora!... ¡por vida mia!
pues si nunca ha estado Usía
tan guapa y tan rematada
de guapa...! y que yo soy voto;
porque, en fin, no es hoy ni ayer...

CASILDA. ¿Con que á tu modo de ver,
nada en mí notas...

PERICO. Sí noto.

CASILDA. ¿Qué notas!... sepamos tu...

PERICO. Noto que si ayer Usía
como un Potosí valia,
hoy vale mas que el Perú.

CASILDA. Como ha tiempo que me tratas,
me miras con... claro está!
PERICO. Lo mismo que la verá
quien no tenga cataratas.
¿Pues cabe mas donosura
ni mas... Y luego, señor,
¿á que viene ese temor,
si aun es una criatura...
CASILDA. Bien mirado, todavia
no es mi edad tan avanzada,
que deba hundirme en la nada...
PERICO. ¡Cabal!... lo que yo decia.
CASILDA. De Valentin, por supuesto,
cuando supo el General
la muerte... Vamos ¿qué tal
le sentó? ¿qué dijo?
PERICO. Ni esto!
Estaba de buen humor
cuando le llegó la nueva,
y siguió... y sigue...
CASILDA. Eso prueba
que no me guarda rencor.
Y á la niña cada dia,
mientras en Valencia ha estado,
oh!... ¡cuánto la ha festejado!
PERICO. Jee!... Como á cosa de Usía.
Despues... como el Coronel,
su padre, tambien desea
lo que todos... la jalea
de firme... y ¿qué ha de hacer él?
Entrará... ¡qué maravilla!
y en brazos de la ventura...
¡Si estuviera tan segura
mi boda con Inesilla!...
CASILDA. Y ¿por qué no?
PERICO. Aun no he podido
lograr... Si mi Brigadiera
con mi amo me protegiera...
CASILDA. Concedido, concedido.
PERICO. Pues ya... mas que se desborden...
CASILDA. Yo cuidaré de los dos...
PERICO. ¡Viva...
CASILDA. Bien; Perico, y adios.

PERICO. (*Cuadrándose.*)
Mi Brigadiera...! á la órden!
(*Se retira por el fondo.*)

## ESCENA V.

CASILDA.

No tardará... El tiempo avanza...
Dudo mientras no le veo...
¿Si lograré mi deseo?...
¿Si matará mi esperanza!
Corazon... no ciego esperes...
¿Cómo ha de olvidar jamás...
¡Quisiera ser hoy la mas
hermosa de las mujeres!
La mas perfecta y cumplida
de la tierra y de la historia...
Si ese hombre tiene memoria...
¡soy perdida, soy perdida!
¡Qué mal calculé!... ¡qué mal!...
mas ¿quién sospechar podia
que aquel loco llegaria
á ser todo un General?
Oh! Por de pronto tan vivo
no debe ser mi temor...
su padre está á mi favor...
y hasta ahora no hay motivo...
Ni es empresa tan costosa...
Para atraerle he de hacer
cuanto puede una mujer...
(*Mirándose al espejo.*)
Pero ¡si estoy horrorosa!
¿Si ya no bastan amaños
para oscurecer la huella
que en esta faz antes bella,
van imprimiendo los años!
Luego, este prendido... en suma,
está mal... Inés! Inés!
(*Sale esta por el fondo.*)

## ESCENA VI.

CASILDA.—INÉS.

INÉS. Señora!
CASILDA. (*Con ira.*) Pero ¿no ves?
¡se está cayendo esta pluma!
INÉS. La volveré á sugetar...
CASILDA. Jesus!... si todo el prendido...
¿Qué tal cae este vestido?...
INÉS. Bien. Acaban de llegar
con el señor Coronel,
varios convidados...
CASILDA. Sí?
¿Y el Coronel?
INÉS. Héle allí.
CASILDA. Déjame sola con él.

## ESCENA VII.

CASILDA.—DON MARCIAL.

CASILDA. A esperar no me atrevia
que á tales horas, señor,
me dispensara el honor
de verle en mi compañía.
MARCIAL. Ya me estás llamando viejo.
CASILDA. Oh! ..no; mi intencion no ha sido...
MARCIAL. Pues aun me mantengo erguido;
y si arrugo el entrecejo,
sé que en mas de una ocasion
llegarian á temblar...
CASILDA. ¿Quién duda...
MARCIAL. ¿Me he de acostar
al toque de la oracion?
CASILDA. De ningun modo!
MARCIAL. Como hoy
tienes fiesta y regocijo
en honor de mi buen hijo,
he dicho... pues allá voy!

CASILDA. Y no ha podido decir
nada que mas alegria
me cause.
MARCIAL. ¡Bien, hija mia!
CASILDA. Hija! ¡oh Dios! ¡Si á recibir
tan dulce nombre llegara!...
MARCIAL. Pues no es ningun desatino.
CASILDA. ¿Usted confia, padrino?
MARCIAL. Por mi parte, cosa es clara.—
Y lo que es voluntad mia,
es un hecho, y basta y sobra.
CASILDA. No estrañe usted mi zozobra...
¡No le he visto todavia!
MARCIAL. No es maravilla en rigor...
CASILDA. Despues, temo...
MARCIAL. ¡Qué es temer?
CASILDA. Que cuando me llegue á ver...
mi edad...
MARCIAL. La suya es mayor.
CASILDA. Pero en este tiempo, el loco
se ha trocado en hombre grave...
es General... y ¡quién sabe!
podrá parecerle poco
la viuda de un Brigadier.
MARCIAL. Brigadier á General
es ascenso natural,
y tú debes ascender.—
CASILDA. Si eso llego á realizar,
¡ah, señor!.... me volveria
loca, ¡loca de alegria!
MARCIAL. Pues ya puedes empezar.
¡Quedaria yo medrado
si despues de tanto susto
y soberano disgusto
como de mozo me ha dado,
á lo primero... pues, sí;
que le pido... ¡Del revés...
CASILDA. ¡Gracias por el interés
que se toma usted por mí!
MARCIAL. ¡Por vida de Belcebú!
pues ¿no me he de interesar?
¿qué nuera me ha de cuidar,
Casildita, como tú?

CASILDA. Ah!... sí...
MARCIAL. Ya nos conocemos...
CASILDA. ¡Dicha que á ninguna iguala...!
(Véame yo Generala.
que de eso luego hablaremos.—)
MARCIAL. Con que, nada; está contenta...
CASILDA. Y ¿cómo no...
MARCIAL. Ya verás...
Háblale... que lo demás
desde hoy corre por mi cuenta.

## ESCENA VIII.

CASILDA.—DON MARCIAL.—INÉS.

INÉS. El señor Corregidor
y los marqueses de Andía
quieren saludar á Usía...
CASILDA. Jesus! Jesus! ¡cuánto honor!
hoy la fortuna se agota...
¿Vamos al salon?
MARCIAL. Sí, vamos.
CASILDA. (¡Generala!)
MARCIAL. Ay!... mal andamos...
El brazo... ¡maldita gota!—

## ESCENA IX.

INÉS.

Se van entrando de coro,
y hay convidados sin tasa...
¡Cuidado que está la casa
que parece un áscua de oro!
Ya se baila, y se tragina,
y hay vizcochos... ¡así, así!...
No!... y á boda hay por aqui
un ambiente que trasmina.—
Mas por mucho que me aplico,
mi curiosidad no aplaco:
huelo... y nada en limpio saco...

¿Si tendrá razon Perico?
Ya lo veremos despues;
pero es la duda mortal...
(*Aparece don César en el fondo mirando en varias direcciones.*)
¡Calle! ¡Este es el General!
¡Dios mio! ¡qué guapo es!

## ESCENA X.

CESAR —INÉS.—*Despues* ANA.

INÉS. ¿Quiere Vuecencia, señor,
que le anuncie?
CÉSAR. Bueno, sí;
(*Viendo venir á Ana.*)
pero no!... ya viene allí
quien me anunciará mejor.
INÉS. (Y lo dice con un gozo...
Me quedo.—)
CÉSAR. (*Dándole una moneda.*)
Vete.—
INÉS. (¡Una onza!
¡mas lista que una peonza
me voy... ¡Si es todo un buen mozo!)
(*Se retira por la derecha del fondo, y sale por la izquierda Ana.*)
ANA. ¿Don Cèsar?
CÉSAR. ¡Hermosa mia!
(*Contemplándola.*)
¡Muy bien! ¡Nada hay que te iguale!
ANA. Ah!...
CÉSAR. ¡Si parece que sale
contigo la luz del dia!
(*Indicándole un asiento.*)
A mi lado....
ANA. Ay!... si me vé
mamá... su enojo presiento...
CÉSAR. Pues hablemos un momento.
Meditaste?
ANA. Medité.—
CÉSAR. Y ¿qué decides?

ANA. Que sí.
CÉSAR. Te arrepentirás?
ANA. No, no!
CÉSAR. Lo que resta lo haré yo;
Anita, descansa en mí.
ANA. Completamente.
CÉSAR. Sereno
ten el rostro, y puedes ya
anunciarme á tu mamá.
ANA. *(Viendola venir por el fondo.)*
Aquí se dirige.
CÉSAR. Bueno.

## ESCENA XI.

CASILDA.—ANA.—CÉSAR.

CASILDA. ¡Al fin llegó la ocasion...
CÉSAR. *(Saliendo á su encuentro y abrazándola.)*
¡Casilda mia!...
CASILDA. Creia...
(¡Ha dicho Casilda mia!...)
Anita? vete al salon.—
CÉSAR. Sí, que te espera la danza,
y no te debes privar...
Querrás conmigo bailar
despues una contradanza?
ANA. Las que usted quiera.
CÉSAR. Guapilla!...
corriente; pues ya iré en pos...
ANA. Hasta luego.
*(Se retira.)*
CÉSAR. Adios, adios...
¡Qué mona es esta chiquilla!
¡Corazon mas escelente
y simpáticas maneras
que las suyas...
CASILDA. Y si vieras
¡qué modesta, qué obediente!...
Oh!... en cuanto á respeto y celo,
es una hija... y será...
CÉSAR. Eso mismo dije allá:

será una esposa modelo.

CASILDA. Esposa!... pronto esa cuerda
has herido...

CÉSAR. Pronto? no:
á su edad recuerdo yo
que te casastes...

CASILDA. (¡Se acuerda!...)
Aquello se hizo sin...

CÉSAR. Se hizo; y bien? no merece...
¿Y sabes que se parece,
pero mucho, á Valentin?

CASILDA. (¡Otra!...)

CÉSAR. Todo lo severo
de su rostro y continente,
ha sacado exactamente:
de tì... ¡todo lo hechicero!

CASILDA. (¡Oh!...) Ve que es mucho heroismo
el tributar á mis dias
flores y galanterías...

CÉSAR. ¡Bah!...

CASILDA. Tú siempre el mismo...

CÉSAR. El mismo.
Que diga tu hija...

CASILDA. Dejemos
á las niños, que con otros...
y hablemos hoy... de nosotros.

CÉSAR. Bien, como quieras; hablemos.

CASILDA. Sentémonos... ven aquí.
¡Qué bien te encuentro! ¡Qué apuesto!
Pero ¿cómo te has compuesto?
¡no han pasado años por tí!

CÉSAR. No podré decirte nada
sobre eso: salud cumplida
disfruto .. lo que es la vida
no ha sido muy regalada.
Veinte años llevo de guerra
entre América y aquí...
mas yo sin duda nací
para revolver la tierra,
y por eso sin quebranto
he salido, y hoy me encuentro
perfectamente en mi centro.

CASILDA. Ay!... ¡quién dijera otro tanto!

CÉSAR. Quejándote injusta fueras,
Casilda: lo que de mí
has dicho, digo de tí...
CASILDA. ¿De veras, César, de veras?
CÉSAR. No hay mujer que se corrija
sobre ese punto, y mereces...
¿Lo dudas? ¿pues si pareces
hermana menor de tu hija!
CASILDA. Oh!... ¡cuánta exageracion!
CÉSAR. Nada aumento, ni exagero:
lo que te digo es sincero,
con todo mi corazon.
CASILDA. ¡Tu corazon!... ¡Ay querido!
¡cuánto, y cuánto habrá cambiado!
CÉSAR. No, sigue en el mismo estado;
por ahí aun no ha envejecido.
CASILDA. De modo que aun puede ser
te acuerdes de aquellos dias
de juegos, y de alegrías...
CÉSAR. Como si fuera de ayer.
Aun no he podido olvidar
aquellas gentes tan cuerdas...
CASILDA. ¿Te acuerdas, César, te acuerdas?
CÉSAR. Oh! ¿pues no me he de acordar?
CASILDA. ¡Qué hermosos dias!... ¡qué bellos
los de nuestra infancia...
CÉSAR. Sí...
CASILDA. Oh!... qué tiempos!... ¡Ay de mí!
CÉSAR. Cierto... ¡qué tiempos aquellos!
Aun recuerdo á Periquin
olfateando mi huella...
y á Blasa...
CASILDA. ¿Te acuerdas de ella?
CÉSAR. Y tambien de Valentin.
CASILDA. (¡Ah!)
CÉSAR. No, no se me olvida
un solo instante su gesto
tan duro, tan indigesto...
¿Te habrá dado mala vida?...
CASILDA. No...
CÉSAR. Pues con aquel cariz,
en ley de verdad te digo...
CASILDA. Ha sido bueno conmigo...

pero no he sido feliz...
Pues no bastan en rigor
para serlo, la amistad,
la deferencia...

CÉSAR. Es verdad.

CASILDA. No me casé por amor.

CÉSAR. Pues yo creia que sí.

CASILDA. Mi situacion... bien lo sabes,
era...

CÉSAR. Sí...

CASILDA. De las mas graves...
Huérfana y pobre... accedí,
triste y aislada mujer,
cuando tu padre me habló
de la boda... Y aprobò...
¿Cómo negarme? ¿qué hacer?
Por entonces nos dejastes...
do quiera que revolví
la vista... ¡sola me ví!
y al fin...

CÉSAR. ¿Te sacrificastes!

CASILDA. (*Llevando el pañuelo á los ojos.*)
Oh!...

CÉSAR. No llores: nuevo giro
ya tu existencia tomó,
y lo que pasó... pasó;
al fin respiras...

CASILDA. Respiro
libre, sí; pero aunque valgo
mas que entonces, aunque poco,
no soy dichosa tampoco...
¡siempre ha de faltarnos algo!.,.

CÉSAR. Ya... ya!... Te veo en camino
de... ¡es árida la viudez!
de... sucumbir otra vez...

CASILDA. ¡Ay, César!... ¡qué desatino!
¿Quién se ha de acordar de mí!
y aunque de mí se acordara
no es fácil que refrescara
las memorias que perdí.
¡Casarme otra vez?... ¡no tal!
solo un hombre... ¡uno! podria
lograr que cambiara un dia

de opinion...

CÉSAR. ¡Feliz mortal!

CASILDA. (¿Qué taimado!) Con que así,
bien comprendes que no hay modo...
Pero y tú? sepamos; todo
no ha de ser hablar de mí.
Tú, que sin duda ninguna,
cansado ya de triunfar,
has conseguido clavar
la rueda de la fortuna:
opulento, jóven, y
poseedor de un alto grado...
no aspiras á nuevo estado?

CÉSAR. Hija... sospecho que sí.

CASILDA. Te casas, César?

CÉSAR. Es cosa...
hum!... la tal contribucion...
tremenda!... mas, ya es razon...

CASILDA. ¿Y quién es la venturosa?
Tengo en ello un interés...
Ya la elegiste?

CÉSAR. Oh? sí;
hace tiempo que elegí.

CASILDA. La conozco yo? quién es?

CÉSAR. Conocerla tú?.., pues no?

CASILDA. (Estas dudas son atroces...)
¿Con que...

CÉSAR. Sí, sí; la conoces
tan bien ó mejor que yo,

CASILDA. Dios mio! quién podrá ser?
Qué torpe!... ¡si soy lo mas...
pero tú me lo dirás,
no es cierto?

CÉSAR. ¿Querrás creer
que me encuentro algo turbado?
¿que aunque venia resuelto...

CASILDA. Ay!... qué tímido te has vuelto!...
antes eras mas osado.—

CÉSAR. Antes era un cadetillo...
pero hoy entrado en razon,
miro tal y como son
las cosas...

CASILDA. (Si es un chiquillo!)

Pues!... ¿y asi me dejarás...
CÉSAR. Y ¿qué quieres...
CASILDA. Pero hombre!
qué importa decir su nombre?
y á mí!...
CÉSAR. Jée!... pues ahi verás.
CASILDA. Jamás otra cosa ví.
CÉSAR. Será insigne cobardía;
pero lo revelaria
á todos... menos á tí.
CASILDA. No me dés tanta importancia...
CÉSAR. La que tienes, eso no.
CASILDA. Pues qué, César, no soy yo
tu amiga desde la infancia?
CÉSAR. Yo te daria otro título
mas íntimo que el de amigo.
CASILDA. Qué título?... (qué fatiga!)
CÉSAR. Pasemos á otro capítulo.
CASILDA. Y por qué hemos de pasar?
quiero en él permanecer.
CÉSAR. Es que temo...
CASILDA. Tú temer!
CÉSAR. Te puedo desagradar...
CASILDA. No importa; no lo rehuyo...
aunque el de tu esclava fuera...
me satisfará cualquiera...
sí, cualquiera, siendo tuyo.
CÉSAR. Entonces... fuerza será...
Pero...
CASILDA. Vamos!
CÉSAR. Desconfio..
CASILDA. Qué título... César mio...
CÉSAR. El título... de mamá.
CASILDA. (*Incorporándose y con la mayor sorpresa.*)
Eh!... ¡qué has dicho... no entendí...
CÉSAR. Pues bien claro y bien sincero...
Tienes hija, soy soltero...
CASILDA. Te ama...?
CÉSAR. Creo que sí.
CASILDA. Y á su madre lo ha ocultado...!
Pero esto es sueño, ó verdad...
CÉSAR. No; realidad, realidad.
CASILDA. Bien, César, bien! te has vengado.

CÉSAR. Vengarme?... pero y de qué?
Es una niña escelente,
respetuosa, obediente,
nos vimos, me amó y la amé.
Y como á los dos nos cuadre
ir al lazo conyugal,
vengo como es natural
á pedírsela á su madre.
Si esto es natural ó no,
creo que á la vista salta;
con que ahora solo falta
tu licencia...

CASILDA. Jamás!

CÉSAR. Oh!
por qué... quieres responder?...

CASILDA. No tengo que darte cuenta...
porque es una horrible afrenta...
porque eso no puede ser!

CÉSAR. Pero eso es desvariar...
si tus razones no mides...

CASILDA. Razones?... razones pides!
Las debes adivinar.

CÉSAR. Cómo quieres que colija...

CASILDA. No? pues bien: aquel espejo
te dirá que eres un viejo
para casarte con mi hija.

CÉSAR. Esa no es razon bastante,
puesto que ella se conforma...

CASILDA. De manera que no hay forma...
(Qué espiacion tan humillante!
Pero hay porvenir mas negro!..)
*(Bajan de los salones el Corregidor y don Marcial asidos del brazo.)*

CÉSAR. Dá treguas á tu furor,
que ahi viene el Corregidor
con tu padrino y consuegro.

CASILDA. César!... César... calla... y vete!

CÉSAR. Con que ¿no quieres...

CASILDA. No quiero...
primero que á tí, primero...
se la entregaré á un cadete!
*(Se deja caer sobre el sofá, cubriéndose el rostro con las manos.)*

## ESCENA XII.

CASILDA.—CÉSAR.—DON MARCIAL —EL CORREGIDOR.

CÉSAR. (*Separándose de Casilda.*)
Oh!... noble Corregidor!
CORREG. General...
(*Siguen aparte.*)
MARCIAL. (*Dirigiéndose á Casilda.*)
Qué tienes?
CASILDA. Nada!...
MARCIAL. Te encuentro muy agitada...
CASILDA. Estoy volada, señor!
soy de todas las mujeres
la mas infeliz!...
MARCIAL. Pues ¿cómo?
(*Siguen aparte.*)
CORREG. Bien, á mi cargo lo tomo.
CÉSAR. Gracias.—Mis plenos poderes lleva
usted.—
CORREG. ¿Hay resistencia...
CÉSAR. Ya verá usted, estremada:
hable con la interesada,
y proceda en consecuencia.
(*Acompaña al Corregidor hasta el fondo y entretanto dice:*)
MARCIAL. Qué me cuentas?!
CASILDA. ¡Ni luzbel
mejor la trama urdiria!
MARCIAL. Sal un momento, hija mia;
déjame á solas con él.
CASILDA. Confio en su proteccion...
Si vence en este combate...
MARCIAL. Qué! si eso es un disparate!
Yo le haré entrar en razon.
(*Se retira Casilda por la izquierda y vuelve á bajar César.*)

## ESCENA XIII.

DON MARCIAL.—CÉSAR.

MARCIAL. Pero hombre... ¿no habrá manera
de que llenes la medida...
vas á ser toda la vida
un títere, un calavera?
CÉSAR. Pues qué ha pasado?
MARCIAL. No sé;
bravamente lo has dispuesto!
no has visto cómo se ha puesto
Casildita?
CÉSAR. Pero y qué?
MARCIAL. Y qué!... Vaya una frescura!
con cuarenta años y mas,
pretendes, tan ciego estás!
á una pobre criatura?
CÉSAR. Ya..! ¿hablaba usted...
MARCIAL. Sí!... te hablo,
y no quiero, no señor,
que cometas ese error
á tu edad...
CÉSAR. Pues es un diablo!
porque está ya cometido.
MARCIAL. Cómo es eso!.. ¡por mi vida...
CÉSAR. La novia está decidida.
y el novio está decidido.—
MARCIAL. Pues, hijo mio; lo siento;
porque el novio al fin tendrá
que *desdecidirse*...
CÉSAR. Cá!
MARCIAL. Y la novia irá á un convento.
CÉSAR. Y por qué tanto rigor?
MARCIAL. Porque quiero, como es justo,
que te cases á mi gusto.
CÉSAR. Y no lo es...
MARCIAL. No señor.
CÉSAR. Trueca usted...
MARCIAL. No!... tú quien truecas...

aspirando como un loco
á una chiquilla, que ha poco.
jugaba con las muñecas.

CÉSAR. Tardará en envejecer!
No temo que me la roben...
La mujer debe ser jóven...

MARCIAL. Jóven... bien! pero mujer.

CÉSAR. Su edad... su edad no es tan corta:
á esa misma edad mi madre
casó con mi señor padre...

MARCIAL. César! eso no te importa.
Cuando me case, esta guerra
no mantuve con tu abuelo.

CÉSAR. Porque estaba ya... en el cielo.

MARCIAL. Pero yo estoy en la tierra.
Lo oyes? y me voy cansando
de esta agitada cuestion:
se acabó; no hay remision:
yo lo quiero; yo lo mando.

CÉSAR. Pero es que yo...

MARCIAL. (*Furioso.*) Vuelta!... hay tal?
Vas á hacer que pierda el seso...

CÉSAR. (*Con afectada autoridad.*)
Señor Coronel!... ¿qué es eso...

MARCIAL. (Me la echó de General!...)
(*Con ironía.*)
¿Quiere tambien que me cuadre
Vuecencia?...

CÉSAR. (*Deteniendo la mano de su padre antes de que se la lleve á la frente, y besándola con el mayor respeto.*)
¡Nunca, señor?
aquí no hay mas superior
que mi honradísimo padre...

MARCIAL. (*Medio enternecido.*)
(Pillastre!... Me engolosina...
y me gana por la mano...
se conoce que no en vano
ha servido en la marina.)
Pero hombre... ¿no te desvelas
por Casilda?... No te arguya...
¿Qué suerte vá á ser la suya?

CÉSAR. La suerte de las abuelas.—

MARCIAL. ¡Mira, chico, sé formal!
Tú la has querido...
CÉSAR. Eso sí.
MARCIAL. Y ella delira por tí...
CÉSAR. Desde que soy General.
MARCIAL. ¿Còmo?...
CÉSAR. Y yo, suerte tirana,
en nuestra amante querella,
dejé de pensar en ella
desde que fué Capitana.
MARCIAL. Harás que el pesar le ahogue...
CÉSAR. ¿Ahogarla?... ¡quiá! no señor;
no es tan vivo su dolor...
¡que rabie, y se desahogue!
Es muy cumplida mujer;
pero en su ambicion avanza...
cuando pierda la esperanza,
se aplacará... ¿y qué ha de hacer?
MARCIAL. ¿Con que es asunto concluido?
CÉSAR. ¡Oh! concluido á no dudar,
y es justo.—Voy á bailar.—

## ESCENA XIV.

DON MARCIAL.—*Despues* CASILDA.

MARCIAL. Pues he quedado lucido!—
Desde que nació hasta acá,
en lucha constante y fiera...
y ya basta: es la postrera
pesadumbre que me dá.—
Nadie le hará desistir
de ese endiablado capricho...
*(Sale Casilda.)*
CASILDA. ¿Qué ha dicho, señor, qué ha dicho?
MARCIAL. No te lo quiero decir.
Cuánta fuerza en mí reuno
y autoridad, he empleado.,.
pero... qué!... Nada ha bastado!
CASILDA. Con que no hay medio...
MARCIAL. Ninguno.

No hay nada que le corrija;
todo empeño es por demas...

CASILDA. Espero que seré mas
afortunada con mi hija.

MARCIAL. ¿Tú?

CASILDA. Yo la haré comprender
si debe ó no resistir...

## ESCENA XV.

CASILDA.—DON MARCIAL.—EL CORREGIDOR.

CORREG. Señora, vengo á cumplir
con un penoso deber.

CASILDA. ¿Cuál, señor Corregidor?

CORREG. Conocerá usted... sí tal,
al ilustre General
don César de...

CASILDA. Sí señor.

CORREG. Pues don César, desde luego,
á doña Ana de Hinojosa,
le demanda para esposa.

CASILDA. Muy bien; y yo se la niego.

CORREG. ¿Tiene usted... en puridad,
que esponer motivo alguno
en contra de él?

CASILDA. Yo... ninguno:
solo el de mi voluntad;
y el que desde este momento...

CORREG. Mas...

CASILDA. Tengo á bien decidir
que mi hija vaya á concluir
su educacion á un convento.

CORREG. Es tarde; pues desde ahora,
la novia, se lo declaro,
quedará bajo el amparo
de la autoridad, señora.

MARCIAL. Eh?...

CASILDA. ¡Cómo!... qué? ¿la violencia
hasta ese grado infernal
se lleva?...

CORREG. Hay un medio...

CASILDA. Cuál?
CORREG. Conceda usted la licencia...
CASILDA. Y ¿no hay otra solucion?
¿La ley á mí no me ampara?
CORREG. La ley jamás se declara
en pro de la sinrazon.—
CASILDA. ¿Con que á la fuerza tendré
que someterme... es decir,
dar licencia... ó sucumbir...
¿licencia?!... ¡no la daré!—
CORREG. Entonces, depositada
quedará por cuatro meses
en casa de los marqueses
de la Vega.—

## ESCENA XVI.

CASILDA.—DON MARCIAL.

CASILDA. ¡Desdichada!
¡Quién habia de creer
tras de afanes tan prolijos...
MARCIAL. Ya, ya!... los hijos, ¡los hijos!...
No te sofoques, mujer.
CASILDA. Es que estoy mirando roto
el hilo de mi esperanza...
MARCIAL. Chist!... que oirán...!
CASILDA. ¡Maldita danza!

## ESCENA XVII.

CASILDA.—DON MARCIAL.—CÉSAR.

CÉSAR. ¿Qué pasa aquí? ¿qué alboroto...
CASILDA. (¡Miren el tuno!)
CÉSAR. No infiero...
¿á qué viene ese agitarse...
CASILDA. ¿Viene usted á recrearse
en sus obras, caballero?
CÉSAR. No comprendo lo que pasa...
me retiro... y al marchar

he querido saludar
á la dueña de la casa.
¿Se siente usted indispuesta?
La funcion... pero en el lecho...
lo que es yo, voy satisfecho,
encantado de la fiesta.
Pronto se repetirá.
Con que ¿ilustre veterano...

MARCIAL. ¡Deja...

CÉSAR. Beso á Usía la mano.—
A los piés de usted, mamá.

## ESCENA XX.

CASILDA.—DON MARCIAL.

CASILDA. La sangre se agolpa al cuello...
¿esto se puede sufrir!
Oyó usted?

MARCIAL. Pues no he de oir!
Si no se marcha, lo estrello!

CASILDA. La cólera me sofoca...
yo... yo me quiero vengar...
mas... ¿cómo! ¡se vá á casar...
¡ay! me voy á volver loca!
(*Se arroja sobre el sofá llorando y cubriéndose el rostro con el pañuelo hasta el final; de vez en cuando dejará oir algunos sollozos.*)

MARCIAL. ¡No hay que perder el sentido!
los hijos son alto ingratos
y suelen dar malos ratos...
eso, Casilda, es sabido.
(*Saca la caja del rapé.*)
Y es un castigo del cielo...
Este, hoy... me obliga á purgar
lo que ayer hice pasar
á su pobrecito abuelo.
A su vez entrará en caja,
y en seguida vendrán otros...
Lo que es, Casildita, nosotros
debemos darnos de baja.
(*Toma un polvo.*)

¿Qué quieres? Esta es la vida;
y hasta hallar otra mas bella,
hay que apechugar con ella
hasta perder la partida.—
De nada sirve ese afan:
en vano son los reproches...
*(Ultimo polvo.)*
Con que...llora... y buenas noches.
*(Inclinándose hácia el oido de Casilda.)*
Sus hijos nos vengarán.—
*(Se dirige al fondo.)*

FIN DE LA SEGUNDA ÉPOCA.

# TERCERA EPOCA.

## AÑO DE 1840...

| PERSONAGES. | ACTORES. |
| --- | --- |
| CASILDA, 59 *años*. . . . | Doña Teodora Lamadrid. |
| NARCISA, 16 *id*. . . . . | Doña Amalia Gutierrez. |
| DON MARCIAL, 85 *id* . | Don Joaquin Arjona. |
| DON CÉSAR, 60 *id*. . . . | Don Julian Romea. |
| FEDERICO, 17 *id*. . . . . | Don Victorino Tamayo. |
| RICARDO, 20 *id*. . . . . | Don Ricardo Morales. |
| PERICO, 60 *id*. . . . . | Don Mariano Fernandez. |

# TERCERA ÉPOCA.

## AÑO DE 1840...

Una sala de paso en casa del General Don César: puerta en el costado de la derecha, otra en el de la izquierda; dos en el fondo; la una para las entradas y salidas al esterior: la otra para las mismas al interior de la casa. Sillas y demas muebles de lujo: en lugar conveniente, una mesa con recado de escribir.

Al levantarse el telon, asoma Ricardo por la puerta del fondo (derecha del actor), reconoce la escena y se adelanta.

## ESCENA PRIMERA.

Ricardo.—*Despues* Narcisa.

Ricardo. Nadie... nadie... si lograra
hablar con ella un momento...
El General estará
trabajando... y no, no espero
que me sorprenda á estas horas...
(*Se dirige á la puerta de la izquierda y se detiene.*)
Mas no haga el diablo que el abuelo
me pesque... y eche á un castillo...
si no me cuesta el empleo.
Pero su hija ¡es tan bonita
y tan.... me tiene tan ciego...!
Como que si la cautivo
me armo... ¡qué me detengo?
Lo que vale, mucho cuesta...
¡fuego ganando terreno!
(*Llama suavemente á la puerta de la izquierda, y aplica el oido.*)
¿Si se habrá ya levantado...?

Ah!... sí; noto que en silencio
se acercan... ¡es ella, es ella!
Divino!... estaba de acecho.
(*Se entreabre muy poco á poco una de las hojas de la puerta, y asoma Narcisa la cabeza.*)

NARCIS. ¿Es usted, Ricardo?

RICARDO. Sí;
yo soy, matinal lucero,
el que con mano atrevida
llama en las puertas del cielo.—

NARCIS. ¿Han visto á usted...

RICARDO. Los criados;
pero están por allá dentro,
y he querido aprovechar
este ratito...

NARCIS. Bien, pero
es fácil que alguno cruce
y nos descubra...

RICARDO. No temo...

NARCIS. Despues saldré con la abuela;
iremos al Prado...

RICARDO. Bueno!

NARCIS. ¿Irá usted?

RICARDO. Si el General
me deja...
(*Asoma Perico por la puerta izquierda del fondo, y atisva á Ricardo.*)

## ESCENA II.

RICARDO.—PERICO.

PERICO. (¡Malo me he puesto!)
(*Tose; Narcisa cierra de golpe la puerta, y Ricardo se queda de espaldas á esta.*)

RICARDO (¡Maldito!... ¿si habrá atisvado...)
Hola! veterano Pedro.

PERICO. ¿Qué tal, señor Ayudante,
desde ayer?

RICARDO. Vamos viviendo.

PERICO. Eso mismo digo yo.
Vamos viviendo, y laus Deo.—

RICARDO. ¿Vá usted á entrar en el cuarto
del General?
PERICO. Por supuesto.
RICARDO. Hágame usted el favor
de decirle que aquí espero
sus órdenes.
PERICO. Al instante
se le dirá.
RICARDO. Gracias.
PERICO. (*Dirigiéndose al cuarto de la derecha.*)
Vuelvo.
(*Sale apresuradamente Federico por la puerta izquierda del fondo.*)

## ESCENA III.

FEDERICO.—RICARDO.—PERICO.

FEDER. Perico!... ¡oye...
PERICO. (*Apretando el paso.*)
Voy de prisa.
(*Entra en la habitacion.*)
FEDER. ¡Ah bribon!... ¿te haces el sueco?
pues de aquí no me separo,
y en cuanto salgas...
RICARDO. ¿Qué es ello...
FEDER. Adios, Ricardo: ¿qué quieres
que sea?... que ese mastuerzo
de mayordomo conoce
que necesito dinero,
y desde ayer se compone
de modo, que me hurta el cuerpo...
RICARDO. ¿Necesitas mucho?
FEDER. ¡Mucho!
RICARDO. Ya sabes, desde el colegio,
que lo que hay en mi bolsillo
es tuyo...
FEDER. Te lo agradezco,
mas no me puedes sacar
del apuro en que me veo.
Harto harás si salir puedes
con tu miserable sueldo
adelante; á mí... ya ves,

me pasan ochenta pesos
al mes, y con ellos... cá!
ni aun para tabaco tengo.

RICARDO. Es que gastas...

FEDER. Gasto... no!...
pero no siempre en el juego
se está de buenas... Despues,
hay compromisos muy serios...
y un muchacho de mi clase
no puede desatenderlos.
La fonda, el sastre, los coches,
los toros, teatros... luego
ese diablo de *Fiorina*
siempre tiene el pico abierto
para cantar y pedir...
Necesita un aderezo,
de esos de piedras de Francia,
para cantar el *Otello*,
y anoche se lo ofrecí...
y habrá que comprarlo, de hecho.

RICARDO. Cuidado con hacer quiebra...

FEDER. Por eso, chico, por eso,
para abordar á Perico
ando que bebo los vientos.
Como quiera adelantarme
cinco ó seis mesadas, creo
que podré saldar mis cuentas;
mas si no quiere, no encuentro
mas medio que el de acudir...

RICARDO. ¿A tu abuela?

PERICO. Cá! á mi abuelo.
Mi abuela?... sí, sí, ¡ya baja!
primero dará... primero
se deja sacar un diente
que darme un doblon... ¡ni medio!
Si fuera para mi hermana,
para su ojito derecho,
como la llama, tal vez;
mas para mí... ¡ya estoy fresco!
Mi abuelo es mas complaciente...
como está ya medio lelo,
y juego con él al tute,
y por las noches le leo

los Comentarios de César,
me suele dar cuanto quiero.
¡Cuidado que algunas veces
se pone todo tan negro...!
Tengo empeñado el reló...

RICARDO. ¡Demonio!

FEDER. Y cuanto poseo
en alhajas... además
cinco ó seis pagarés sueltos
andan por ahí... me amenazan
los pícaros usureros
con dárselos á mi padre...

RICARDO. ¡Qué horror!

FEDER. Pues hay mas.

RICARDO. ¡San Telmo!

FEDER. He vendido dos caballos...

RICARDO. ¡Del General!...

FEDER. Sí.

RICARDO. Y qué has hecho
de su importe?

FEDER. En dos albures
anoche cambió de dueño.

RICARDO. ¡Ay, Federico del alma!
¡te va á quebrantar los huesos
el General!... tú no sabes
hasta qué punto es severo!

FEDER. ¡Tal dicen...! como con él
he vivido poco tiempo...
él en Navarra, yo aquí
campando por mi respeto...
¡Maldita guerra!... acabarse
á lo mejor de mi cuento...
cuando tan bien me encontraba
solito con mis abuelos...

RICARDO. Pero ¿y bien? qué vas á hacer?

FEDER. ¡Qué sé yo.. ? allá lo veremos.
Si se entera, y me regaña,
y... paga, del mal el menos;
agacharé las orejas
sumiso como un podenco.
Pero si viene al bulto...
amanezco y no anochezco.
Sabré buscarme la vida....

hago regulares versos...
he escrito varios artículos
en contra del ministerio,
y me aplauden á rabiar
los jueves en el Liceo.—
(*Viendo salir á Perico y saltando sobre él.*)
¡Ah, tunante! no te escapas
de mis uñas...

## ESCENA IV.

FEDERICO.—RICARDO.—PERICO.

PERICO. Vamos quietos!
FEDER. (*Asiéndole del cuello.*)
¡La bolsa ó la vida!...
PERICO. ¿Estamos
aquí ó en Despeñaperros?
FEDER. Periquillo, necesito
que me protejas... ¡no andemos...
PERICO. (*A Ricardo.*)
El señor General dice...
FEDER. Oye!
PERICO. Que vuelva usted luego.—
FEDER. Necesito, pero á escape...
(*Siguen aparte.*)
RICARDO. (No hay nada que hacer, me alegro.—
Así la veré en el Prado,
la escoltaré en el paseo
y me volveré con ella...
Es el ojito derecho
de la abuela... que tendrá
cada patacon!... Marchemos:
adios, chico; ni me oye:
preocupadillo le dejo
y corriendo una borrasca...
¡Que Dios le saque á buen puerto!)

## ESCENA V.

FEDERICO.—PERICO.

FEDER. Ya ves que es indispensable
y que prescindir no puedo...
PERICO. Pues ponga usted por debajo
que no doy un cuarto.
FEDER. ¡Ah, perro!
¿con que toda mi elocuencia
se la va á llevar el viento?
PERICO. Que se la lleve... por mí...
no entiendo de ese jaleo...
FEDER. Hombre..., la mitad siquiera...
PERICO. Ni la cuarta parte, ¡ni esto!
Sobre que no tengo en casa
un real, ni propio ni ageno.
FEDER. Mentira.
PERICO. Arriba está el libro...
FEDER. Pues búscamelos.
PERICO. No hay crédito.
FEDER. Y ¿á quién acudo?
PERICO. No sé...
Ahí tiene usted á su abuelo...
Como ese no le remedie,
lo que es yo... me doy por muerto.
FEDER. ¿Me abandonas, eh?
PERICO. Ya he dicho
lo que...
FEDER. *(Dándole un puntapié.)*
Pues ¡toma!
PERICO. *(Retirándose por la puerta del fondo.)*
Un obsequio
igual, tres generaciones,
en igual sitio me han hecho!
*(Sale don Marcial apoyado en una muletilla y algo encorvado.)*

## ESCENA VI.

DON MARCIAL.—FEDERICO.

FEDER. ¡Abuelito de mi vida!
MARCIAL. Federiquin...! ¿qué hay de nuevo?
FEDER. Nada... ¿á dónde va usted?
MARCIAL. Voy...
pues mira... ya no me acuerdo.
FEDER. Á verme á mí...
MARCIAL. No, no; iba...
espérate... meditemos...
(*Federico saca un puro, lo enciende y fuma.*)
De mi aposento salí...
y salí con el objeto...
de... de... ¿A cómo estamos hoy?
FEDER. A veinte y ocho de febrero.
MARCIAL. San Roman y San Macario
mártires y compañeros...
cuarenta horas en las monjas
Carboneras... jubileo
y sermon en santa Cruz...
¡Ya fumas!
FEDER. Hace ya tiempo.—
(*Riyéndose; saca la caja del rapé, en la que Federico mete los dedos y toma un polvo.*)
Jee... ¿Tambien rapé...
FEDER. (*Aspirándolo y fumando.*)
Tambien.
MARCIAL. Je! je!... jee!...
FEDER. ¡Soy ambidestro!
MARCIAL. ¡Estos muchachos de ahora
son... je!.. je!.. son mucho cuento.
FEDER. Quiero irme acostumbrando
á pasar trabajos: quiero
ser todo lo que se llama...
y pronto un hombre completo!..
A propósito, abuelito,
¿tiene usted dinero...?
MARCIAL. Tengo;
(*Tentándose los bolsillos del chaleco.*)

al ponérmelo, he sentido
que me sonaba el chaleco...
(*Saca unas monedas.*)
Justo!... mira... siete reales
y tambien unos cuartejos
para los pobres... ¿Los quieres?

FEDER. No, gracias.

MARCIAL. Qué!...

FEDER. Me refiero
al dinero de la caja...

MARCIAL. Lo que es allí... ¡sí por cierto!

FEDER. (¡Albricias, que me he salvado!)

MARCIAL. Habrá unos cuantos talegos...
y papel... y...

FEDER. (¡Dulce nueva!)

MARCIAL. Pero como ya tenemos
á tu padre en casa, y yo
me estoy cayendo de viejo,
anoche le dí la llave...

FEDER. (Ay!... ¡mi alcázar vino al suelo!)

MARCIAL. ¿Necesitas...

FEDER. No señor...

MARCIAL. Es que por ningun concepto
quiero que te prives...

FEDER. ¡Qué!
Si era un capricho... (¡Hoy me estrello!)

MARCIAL. Pide á tu padre la llave...

FEDER. Sí señor!... en eso pienso...
Y como es tan cariñoso...

MARCIAL. No mucho, no... y te aconsejo
que apagues ese cigarro,
porque va á salir, y creo
que os quiere pasar revista
á tu hermana, á tí...

FEDER. Soberbio!
¿Revista de comisario?...
¿de policía?... ¡Qué bello...!
Bah!... pues que no se nos venga
con usos de campamento,
porque aquí somos paisanos...
pues!... y á mí lo que es á tieso...

MARCIAL. Yo te lo aviso... tú ahora...
Ya sale...

FEDER. Sí? pues me ausento.
(*Tira el cigarro; dá algunos pasos hácia la puerta izquierda del fondo, deteniéndose al oir la voz de su padre.*)

## ESCENA VII.

DON MARCIAL.—DON CÉSAR.—FEDERICO.

CÉSAR. Federico?...
FEDER. Ah!... no sabia...
CÉSAR. Ven acá... ¿qué ibas á hacer?
FEDER. Iba... á ponerme á leer...
CÉSAR. ¿Qué lees?... ¿filosofia?...
¿historia?...
FEDER. No me desvela...
CÉSAR. ¿O algun tratado bien hecho
de moral, ó de derecho...
FEDER. No señor, una novela.—
CÉSAR. Aaah!... ¿te gustan?
FEDER. Todo el dia
casi las tengo en la mano...
Como que el saber humano
está en ellas...
CÉSAR. ¡Quién diria...!
¿Pero ya conocerás...
FEDER. Casi todas las mas bellas;
con los periódicos y ellas...
no hay que aprender por hoy mas.
CÉSAR. (Y se queda tan sereno...)
(*Bajo á don Marcial.*)
¿Es tonto ó loco este chico?
MARCIAL. Jee!... ya verás... ¡tiene un pico...
CÉSAR. Con que ¿periódicos...? bueno.
FEDER. Sí señor; lo que es la crítica
siempre, siempre me ha gustado;
pero á lo que soy mas dado
es á la ciencia política.
(*Gesto de admiracion de don César.*)
*Thier* y yo, por lo que es cuenta,
aunque de la izquierda y todo,
pensamos del mismo modo

sobre la cuestion de imprenta.

CÉSAR. (*Le mide con la vista de piés á cabeza; y despues mira á don Marcial: este rompe á reir, diciéndole César en voz baja:*)
Padre!... por Dios...!
(*A Federico.*)
Grato es
que con esos hombres graves
te midas... Idiomas,.. ¿sabes?

FEDER. Todos: traduzco el francés.

CÉSAR. ¿Por junto?

FEDER. Para ¡qué mas?
Cuanto el mundo ha producido
de bello, está traducido
al francés.

CÉSAR. Ya!... y ¿no te das
á otro estudio mas profundo...
á estudios... quiero decir,
á estudios de porvenir,
de...

FEDER. A los que no todo el mundo
suele darse... Sé montar
á la inglesa, á la española;
tiro al sable, á la pistola,
y no me dejo tocar
con la espada tanto así.

CÉSAR. (*Bajo á su padre que torna á sus carcajadas.*)
¡Me maravilla esta audacia...!
Padre!...

MARCIAL. ¡Si me hace una gracia...!

CÉSAR. ¡Pues si viera usted á mí!
(*A Federico.*)
Y ¿qué mas?

FEDER. Una porcion
de cosillas...

CÉSAR. Pasa lista...

FEDER. Soy poeta y publicista.

CÉSAR. ¿Por tu propia aprobacion?

FEDER. Como otros...

CÉSAR. (*Bajo á su padre.*)
Pues no es muy lerdo...
(*Notando que don Marcial vuelve á reirse.*)
¡Por vida de San Remigio!

Padre!... ¡que me desprestigio!...

MARCIAL. (*Dándose una palmada en la frente.*)
Ya recuerdo, ya recuerdo
que salí á... ¡pobrecitos!...
La pajarera y la red...
Voy allá...

CÉSAR. Sí, vaya usted
á ver á los pajaritos.—
(*Se retira don Marcial por la puerta izquierda del fondo.*)
¿Con que en novelas, furor;
un poquito de francés,
algo de armas, y despues
publicista?

FEDER. Sí señor.

CÉSAR. ¿Y en algun articulito
habrás llegado á tratar
la ciencia de gobernar...

FEDER. Pues si eso es lo mas sencillo...
Y he censurado iracundo
al poder...

CÉSAR. Tú?

FEDER. Yo!

CÉSAR. (¡Qué horror!)

FEDER. Y al teatro... ¡sí señor!
yo censuro á todo el mundo.

CÉSAR. ¿Con acritud... con desprecio...

FEDER. Exacto: si no ¿quién hoy
miraria... y como soy...

CÉSAR. ¡Un solemnísimo nécio!

FEDER. Eh?...

CÉSAR. ¿Quieres que te convenza?
¡Un pedante, en conclusion,
sin mas fondo de instruccion
que osadía y desvergüenza!

FEDER. Permita usted que le arguya...

CÉSAR. ¡Cómo que argüir, atrevido!
¿Qué sabes? ¿qué has aprendido!
ni ¿qué esperiencia es la tuya?
¡Cómo tú, sin fé, sin ciencia,
hablas donde hablar es dado
tan solo al saber, guiado
por la mas recta conciencia?

¿Así con cuatro plumadas
manoseas y deprimes
reputaciones sublimes,
reputaciones ganadas
al frente del enemigo,
ó en el bufete encerrado
un año y otro encorvado?
¿Qué justicia es esta, amigo?!

FEDER. (¡Cómo chillan mis orejas!...)

CÉSAR. Cuando pasen años, cuando
hayas quemado estudiando
tus pestañas y tus cejas,
entonces comprenderás,
menos nécio ó menos loco,
que si sabes... aun es poco
para hablar á los demás.

FEDER. ¿Qué quiere usted? no opinamos...

CÉSAR. Hola! pues ya que no opinas...
bien: irás á Filipinas
á ver si nos concertamos.

FEDER. ¿Con un destino?

CÉSAR. (¡Habrá tuno!)

FEDER. Declaro que es mi deseo
no aceptar ningun empleo...

CÉSAR. Pues qué! sirves para alguno?

FEDER. Bueno; ¡que conste... y me aparto
de usted ya; voyme á vestir...

CÉSAR. ¿Para qué?

FEDER. Para salir.

CÉSAR. Entre usted en ese cuarto.

FEDER. Pero papá...

CÉSAR. Y si no callas,
¡vive Dios! de un puntapié
te meto...

FEDER. (*Encogiéndose de hombros y entrando en la habitacion de la derecha.*)
(Me escaparé!...
¡Ridículas antiguallas.)
(*Sale de la habitacion de la izquierda Narcisa y se detiene á los pocos pasos, con visibles muestras de temor.*)

## ESCENA VIII.

NARCISA —DON CÉSAR.

CÉSAR. ¡Vale este mozo un Perú!
¡por vida!...
NARCIS. (¡Furioso está!)
CÉSAR. ¡Cómo yo...
NARCIS. ¿Papá?
(*Volviéndose y con voz de trueno.*)
¿Quién vá?!
NARCIS. (*Echando á correr hácia la puerta de la izquierda.*)
Ay! ay! ¡qué miedo...
CÉSAR. ¿Eres tú?
Ven acá.
NARCIS. Está usted furioso...
CÉSAR. Cierto; pero no es contigo;
yo soy tu mejor amigo,
tu amigo el mas cariñoso.
¿Y huías de mí?
NARCIS. Temia
molestarle...
CÉSAR. No!... jamás!
¿molestarme tú... Y estás
temblando... ¡pobre alma mia!
(Vamos á ver si me ingenio...)
¿Qué temes...? ¿qué te desvela...?
NARCIS. ¿Yo... Como dice la abuela
que tiene usted tan mal génio...
CÉSAR. La abuela es un animal...
NARCIS. Ay!!
CÉSAR. No... no!... me equivoqué...
es... una señora que...
á veces comprende mal.
Pero ¿yo mal génio...? ¡no!
y contigo!... en quien se encierra
mi amor. . ¡Si no hay en la tierra
quien te quiera mas que yo!
Ni tanto, ¡vaya!
NARCIS. Así es.

CÉSAR. ¡Tú mi gloria,, y mi alegría...
Sentémonos, hija mia...
Aqui, cerquita, á mis piés...
*(César ocupa la butaca, y Narcisa se sienta en una banqueta, apoyándose en las rodillas de su padre.)*
¿Te encuentras bien?... ¿hay mas calma? ..
NARCIS. Sí...
CÉSAR. ¿Te asusto?
NARCIS. No señor.
CÉSAR. Pues háblame sin temor,
como á un amigo del alma.
Firmadas ya nuestras paces,
quisiera yo, mi Narcisa,
una relacion concisa
de la vida que aquí haces.
Ya ves, seis años ausente,
corriendo cada tormenta...
Conque, vaya, cuenta, cuenta...
NARCIS. ¿Qué quiere usted que le cuente?
Nuestra vida es tan vulgar...
CÉSAR. No importa, ya se conoce...
NARCIS. Me levantan á las doce...
CÉSAR. ¿A las doce? ¡es madrugar!
NARCIS. Me peinan .. me visten...
CÉSAR. ¡Vamos!...
¡ese trabajo ya es...
NARGIS. En seguida al jardin...
CÉSAR. Pues!
NARCIS. Y al dar las dos almorzamos.
Almorzamos...
CÉSAR. ¡Bien, por Dios!
NARCIS. Y despues para salir
nos volvemos á vestir.
CÉSAR. ¿Otra vez? ¡guapo! (y van dos.)
NARCIS. Luego bajamos al Prado,
y á pié en él, segun, ó en coche,
cruzamos... hasta la noche.
Así que hemos paseado,
vuelta á casa y á comer.
Está ya la mesa puesta,
comemos...
CÉSAR. Despues la siesta...

NARCIS. Yo no; me pongo á leer.
CÉSAR. ¿Despues de comer?... muy bueno.
Y ¿qué lees, serafin?
¿El Kempis?
NARCIS. El folletin
de algun periódico ameno.
Vienen luego tres ó cuatro
amiguitas...
CÉSAR. Ya!... ¿Y despues...
NARCIS. Nos vestimos...
CÉSAR. (Y van tres!)
NARCIS. Llega el coche, y al teatro.
Allá nos hacen visita
los amigos... hay reunion...
y acabada la funcion...
CÉSAR. Á Dios gracias!... ¿á casita?
NARCIS. ¡No señor! á la de Obdulia...
CÉSAR. Calle!... ¿Conque aun nos faltaba...
NARCIS. Si allí hasta las dos no acaba
el baile... ni la tertulia!
CÉSAR. Soberbio!... ¿Y ese belen...
ese tragin, es diario...
NARCIS. Sí señor; es lo ordinario.
CÉSAR. ¡Bien!... me parece muy bien!
Pero ¿ya te ocuparás,
hermosa, en algun momento...
y como entretenimiento...
NARCIS. No señor, de nada mas.—
Alguna labor de mano...
Sé hacer cordon, y esterilla,
petacas de mostacilla...
CÉSAR. Para quién?
NARCIS. Para mi hermano.—
CÉSAR. (¡Ya fuma... es mozo cumplido...)
Y ¿qué mas? porque eso es...
NARCIS. Toco el piano.
CÉSAR. Tocas? ves?
¿Eres música?
NARCIS. De oido.
CÉSAR. (¡Malo!)
NARCIS. Soy aficionada...
cuando alguna cosa escucho
suelo imitarla...

CÉSAR. No es mucho...
pero menos fuera nada.
¿Y qué tocas en el piano?
NARCIS. Toco un wals, dos barcarolas,
cancioncitas españolas,
la mazurka y el britano.
CÉSAR. ¡Por vida de Paganini!...,
¿eso has logrado aprender?
NARCIS. ¿Es poco?
CÉSAR. No!... ¿qué ha de ser?
poco mas sabrá Rossini.
¿Y por supuesto, Narcisa,
que con tanto trabajar...
cá!... tú no sabrás echar
un zurcido á una camisa?
NARCIS. ¡Habria funcion completa
si viera la abuela que...
CÉSAR. ¿Conque la abuelita... eh?
Y lo que es hacer calceta
tampoco sabrás?...
NARCIS. Sí, sí:
¿yo calceta?... ¡no señor!
si dice abuela ¡qué horror!
que eso es indigno de mí.
CÉSAR. Oh! ¡qué abuela tan divina!...
es mucho... ¡tiene un meollo!
¿Ni sabrás guisar un pollo,
ni entrarás en la cocina...
NARCIS. ¡Vaya, papá! Allí entre el cobre
¿qué es lo que tengo que hacer?
CÉSAR. Nada!... (¡Esta niña, á mi ver,
es un dije para un pobre!)
NARCIS. La abuela...
CÉSAR. *(Levantándose con violencia.)*
¡Voto á la abuela...
NARCIS. *(Muy asustada se coloca de espaldas á la puerta de la izquierda, hácia la que poco á poco retrocede á medida que don César se le acerca.)*
¡Ay, papá!...
CÉSAR. No, no te asustes...
NARCIS. No puedo...
CÉSAR. *(Paseándose.)*
Pues como gustes.

¡Buena escuela, buena escuela!
Aunque los cielos escale,
esto quedará cambiado...

NARCIS. Pero... ¿iremos hoy al Prado...

CÉSAR. ¡No señora!

NARCIS. Ay!

CÉSAR. No se sale!
¿Al Prado?.. ¿á holgar?.. ¡bueno fuera!
Hum!... Desde hoy al Prado irás
las fiestas... y ¡nada mas!

NARCIS. (¡Ay, Dios mio! dominguera!)

CÉSAR. ¿Piensas que con la visita,
y el ir en coche y á pié,
no tiene ya mas en qué
pensar una señorita?
Pues no tal!... Con el domingo
para solaz hay bastante...
Nada!... de hoy en adelante
se acabó el andar de pingo.
Tu educacion es escasa:
quiero que al momento emprendas
nuevas cosas... y que aprendas
á gobernar una casa.
Quiero sin tanta pamplina
de folletines y Prado,
que sepas desde el estrado
lo que pase en la cocina.
Y esto pronto, el tiempo vuela
y basta!... lo mando yo!
(*Alzando la voz y dirigiéndose á Narcisa.*)
Estamos?... porque si no...

NARCIS. (*Visiblemente asustada ha retrocedido hasta cerca de la puerta de la izquierda, durante los paseos de su padre; pero al notar que este se dirige á ella muy encolerizado, entra en la habitacion gritando:*)
¡Ay, abuela!... abuela! abuela!
(*Aparece don Marcial en la puerta izquierda del fondo, riyéndose hasta llamar la atencion de don César.*)

## ESCENA IX.

DON MARCIAL.—DON CÉSAR.

CÉSAR. ¡Buen gobierno encuentro aquí!
Bah... si me he quedado frio!...
*(Notando la risa de don Marcial.)*
¡Padre...

MARCIAL. *Cruzando la escena y entrando en la habitacion de la derecha.)*
Jce!... ¡Pobre hijo mio!
Ahora te toca á tí!

CÉSAR. Mucho!... ¡y como se usa...
En este afan en que lidio,
¡cómo envidio... cómo envidio,
á los niños de la Inclusa!
Porque aunque su estrella es negra,
son nobles, y los mantienen,
y por ahora no tienen
ni padres, ni hijos, ni suegra!!
¡Gran señora!... Esto va mal,
y con una ú otra forma
hay que emprender la reforma;
pero ¡en grande! ¡radical!
Oh!... si aquel ángel tan bello
viviera!... ¡pobre Ana mia!...
Nada de esto pasaria...
*(Sale Perico por la puerta derecha del fondo con papeles.)*

## ESCENA X.

DON CÉSAR.—PERICO.

PERICO. ¿Mi General?

CÉSAR. Eh? qué es ello?

PERICO. Sentiré darle á Vuecencia
un pesar...

CÉSAR. Vamos á ver.

PERICO. Esto acaban de traer...

CÉSAR. Y ¿qué es esto?

PERICO. Una pendencia.

CESAR. (*Examinando los papeles que le ha entregado Perico.*)
¡Pagarés de Federico!
¡Cuentas del sastre... la fonda...
¡Jesus!... cuánta trapisonda!
Pero ¿es el diablo ese chico?
Si no fuera ¡vive el cielo!
por armar un alboroto,
del...

PERICO. Es algo maniroto...
le dan alas... El abuelo
y la abuela con sus fallos...
Pero ¿ha dado Su Escelencia
al señorito licencia
para vender dos caballos.

CÉSAR. Perico!... yo ¿qué he de dar?

PERICO. Pues no hay mas, los pulió ayer;
los vienen á recojer...

CÉSAR. Vamos... ¡lo voy á matar!
¡Apenas el niño emprende...
¡pues es lo que me faltaba!...
Hombre... yo los reventaba;
pero este bribon ¡los vende!
Quiero que al punto procedas
á pagarlo todo, todo!...
Los caballos... busca un modo...
arréglalo como puedas.
Que le he de romper los dientes
como se vuelva á meter...
Mas... vaya usted á saber...
¡si habrá sapos y serpientes...
que es preciso descubrir...
Tú, que te has quedado en casa,
debes saber lo que pasa;
si aun hay mas que corregir...

PERICO. Uuuf!!...

CÉSAR. Mi autoridad te invita
á que digas... Vaya, empieza...
revélame con franqueza...

PERICO. (*Con misterio.*)
Cuál? ¿Lo de la señorita?

CÉSAR. Eh? ¡qué dices!?...

PERICO. No se espante...

CÉSAR. ¿Tambien ella!...
PERICO. Señor... ¡calma!
la cosa no llega al alma...
pero el señor Ayudante
anda haciendo la babosa,
y... la camela á mi ver.
CÉSAR. Y ¿ella...
PERICO. Se deja querer.
CÉSAR. ¡Miren la niña medrosa!...
PERICO. Ese miedo es garatusa...
CÉSAR. Oh!... pues de aquí en adelante...
¿Con que el señor Ayudante
de mi confianza abusa?...
*(Se pone á escribir.)*
Le haremos cambiar de tierra...
con todo su rendimiento...
*(Cierra y entrega el pliego á Perico.)*
Que lleven esto al momento
al ministro de la Guerra.
Anda y vuelve.
PERICO. Al punto voy.

## ESCENA XI.

DON CÉSAR.—*Despues* PERICO.

CÉSAR. Angelitos!... Uf!... ¡Qué afan!
Sí... debo adoptar un plan
de vigilancia desde hoy.
Demos de mano á la saña...
hay que usar, y es la derecha,
con los niños de esta fecha,
mas que de fuerza de maña.
Los tendré bajo mi vista,
y me atraeré de buen grado
á la joyita del Prado,
y al insigne publicista.
Es asunto muy formal;
van por camino torcido,
y si un poco me descuido...
es fácil...
*(Sale Perico con un pliego cerrado.)*

PERICO. ¿Mi General?
CÉSAR. ¿Otro?!
PERICO. No...
CÉSAR. ¡Por san Dionis!...
PERICO. El ministerio le envia...
CÉSAR. *(Despues de examinar el pliego.)*
Su Magestad me confia
la embajada de París!
¡Es de grande estimacion
esta honra... y me conviene...
sobre todo, porque viene
en escelente ocasion.
Paris ¿á quien no fascina?
Los trasplanto... y allá espero...
PERICO. ¿Qué le contesto al portero?
CÉSAR. Dale una onza de propina.
*(Se retira Perico.)*
Allí los dos... y á mi lado
aprenderán... por supuesto...
*(Sale doña Casilda por la puerta de la izquierda con visibles muestras de mal humor.)*

## ESCENA XII.

DOÑA CASILDA.—CÉSAR.

CASILDA. ¿Qué es esto, César, qué es esto?
CÉSAR. (¡Malo!...)
CASILDA. ¡Qué es lo que has mandado?
¿Apenas te recibimos
lo empiezas á deshacer
todo, y te quieres meter
en si entramos ó salimos?
¡Pues en eso puedes dar!
¡Estos hombres son atroces!...
CÉSAR. Hija... no dés tantas voces...
CASILDA. ¿Tampoco se puede hablar?
CÉSAR. Hablar... con moderacion...
con...
CASILDA. ¡Yo no soy moderada,
cuando veo despreciada
mi autoridad, mi razon!

CÉSAR. ¡Por Dios... no tengamos riña!...
aquí nadie ha despreciado...
CASILDA. ¡Sí tal, sí tal... y ¡ultrajado!
asustándome á la niña!
¿Somos aquí algunas locas
para andar en esos peros?...
Oh!... pues si vienes con fieros,
te equivocas, te equivocas!
Sí, porque aunque me disgustan
estas riñas y su encono...
bah!... las salidas de tono,
maldito lo que me asustan.
Si quieres hacer papel
y tener subordinados,
vete allá con tus soldados...
hartos habrá en el cuartel.
CÉSAR. Solo quiero, y sin demora,
en vista de lo que pasa,
poner órden en mi casa.
CASILDA. ¿Pues qué!... no le hay!
CÉSAR. No señora.
CASILDA. Hum!... y ¿habrá á quien no levante
esto en peso... ¡Es una viña...
CÉSAR. Infórmate de la niña...
y tambien de mi Ayudante.
CASILDA. Cómo! ¿Qué quieres decir?
¿Narcisita?... ¡Santo cielo!
¡Esa niña es un modelo...
CÉSAR. En el danzar y el vestir.
CASILDA. ¡Y por mí, por mí educada!
CÉSAR. Así encuentro á la chiquilla,
melindrosa, hipocritilla...
y sin saber hacer nada.
CASILDA. ¡Es para perder el juicio...
Jesus!... ¡Lástima de potro...
CÉSAR. Pues no digo nada el otro;
apenas existe un vicio
que no tenga... Aglomerados
están en él...
CASILDA. ¡Santo Dios!
¿Con que los dos. .
CÉSAR. Sí, los dos
son bastante desgraciados.

CASILDA. Es claro, ¿y yo... yo seré
la que la culpa ha tenido
de que los haya adquirido...
CÉSAR. Tanto... tanto, no diré.
Pero, en fin, existe el hecho;
y antes que el mal los taladre,
quiero cumplir, como padre,
con mi deber y derecho.
CASILDA. Si nadie te lo disputa,
es muy justo... y, ya se vé,
si estorbo, me marcharé...
CÉSAR. Eso es tomar otra ruta.
CASILDA. La que está mas indicada
en el cambio que proyectas.
¡Entiendo bien de indirectas!
CÉSAR. Usted no entiende de nada.
CASILDA. ¡Me insultas?...
CÉSAR. ¡Qué he de insultar!
CASILDA. ¡Oh! ¡que fiero despotismo!
Me marcho desde ahora mismo!
CÉSAR. Escucha...
CASILDA. ¡Qué he de escuchar!...
CÉSAR. Repara...
CASILDA. ¡Nada reparo!
CÉSAR. Dirán...
CASILDA. ¡Que digan, mejor!
CÉSAR. Estás loca?...
CASILDA. Otro!... ¡qué horror!
CÉSAR. Yo no he dicho...
CASILDA. Sí! bien claro!
¡Al vuelo, al vuelo los pesco!
Me iré!
CÉSAR. No... Me desesperas...
CASILDA. ¡Me iré, sí!
CÉSAR. Pues como quieras!
Uf!! voy á tomar el fresco!
*(Se retira por la puerta derecha del fondo, y sale de la habitacion izquierda Narcisa.)*

## ESCENA XIII.

DOÑA CASILDA.—NARCISA.

CASILDA. ¡Hombre feroz!...
NARCIS. Ay!... ¿qué pasa...
CASILDA. ¡Cruel!...
NARCIS. ¿Iremos al Prado?
CASILDA. ¿Qué es ir!... ¡Me ha echado, me ha echado!
NARCIS. Papá? ¿de dónde!
CASILDA. ¡De casa!
NARCIS. Oh!...
CASILDA. Y no sufro que me den
con la puerta en la...
NARCIS. ¡Ay de mí!
¿No se irá usted...
CASILDA. Vaya!... sí!
NARCIS. Si usted se vá, yo tambien.
CASILDA. ¿A mí loca... ¡por quien soy...!
¡Bien recompensa mi afan.. !
(*Sale Federico de la habitacion de la derecha, y detrás de él don Marcial sujetándole por el gaban.*)

## ESCENA XIV.

DOÑA CASILDA.—NARCISA.—DON MARCIAL.—FEDERICO.

MARCIAL. Ven acá tú, perillan...
FEDER. Me voy, abuelo, me voy!
¡Suelte usted...! si aquí me ven
me van á romper...
MARCIAL. Ten calma.
NARCIS. ¡Ay abuelito del alma!
¡La abuela se vá tambien!—
Y yo!
FEDER. Y yo!
MARCIAL. ¿Qué rebelion
es esta?
FEDER. Abuelo!... pues ya...
véngase usted, y será
completa la emigracion.—

MARCIAL. Pero ¿qué es lo que ha pasado?
(*Pasando al lado de Casilda.*)
¿Es cierto...
CASILDA. Muy cierto, sí.
MARCIAL. Y ¿te vas?
CASILDA. ¿Qué hacer aquí?
hemos reñido y me ha echado.
MARCIAL. Pero eso no puede ser...
CASILDA. Ya verá usted si será.—
(*Dirigiéndose á la habitacion de la izquierda.*)
Y ahora mismo.
MARCIAL. (*Siguiéndola.*)
Escucha...
CASILDA. (*Entrando.*)
Cá!
no señor!
MARCIAL. (*Entrando en pos de ella.*)
Oye, mujer.—

## ESCENA XV.

NARCISA.—FEDERICO.

FEDER. Esto me suena á rebato.!.
¿Con que me vais á seguir..
NARCIS. Si yo no sé...
FEDER. ¡Esto es vivir
como tres en un zapato!
(Haber vendido los potros
es lo que mas me desvela...)
Eh! si trata así á la abuela,
¿cómo lo hará con nosotros?
(*Aparece por la puerta derecha del fondo don César, y se adelanta sin que lo noten hasta que se coloca en medio de los dos.*)

## ESCENA XVI.

NARCISA.—FEDERICO.—DON CÉSAR.

NARCIS. ¡Ay!... ¡tengo el alma en un tris...
FEDER. Pues á mí como despues...

NARCIS. (Ah!)
FEDER. (Calle!...)
CÉSAR. ¿Sabeis lo que es
la gran ciudad de París?
FEDER. (¡Qué salida...)
NARCIS. Yo...
FEDER. Si tal;
no es tanta ya mi ignorancia;
es la capital de Francia.
CÉSAR. Sí; pero qué capital!
Cualquiera al verla diria
por su lujo sin segundo,
que es la capital del mundo.
FEDER. (Exámen de geografía.)
CÉSAR. ¿Qué os parece?
NARCIS. A mí... señor...
FEDER. No estuve...
CÉSAR. Irás.
FEDER. Yo?
CÉSAR. Cabal;
porque á esa capital
me envian de embajador.
LOS DOS. Ah!
CÉSAR. Pues! Con que habrá que ir...
cuando instrucciones me den...
partiremos, y... ¡qué bien
nos vamos á divertir!
NARCIS. (¡Ay qué bueno!)
FEDER. (Pues no es malo...)
CÉSAR. París... ¡París!... sin disputa,
es en donde se disfruta
de mas ventura y regalo.
(*A Narcisa.*)
¡Aquel carácter francés
tan fino...! Y luego ¡qué trages!
¡qué trenes... vulgo equipages...!
(*A Federico.*)
¡Qué caballos!... ¡qué cafés!!
Desde que en él penetramos...
asombra tanta grandeza,
suntuosidad y riqueza...
NARCIS. Y ¿cuándo...
FEDER. ¿Cuándo nos vamos?

CÉSAR. Y allí por nuestra mision
nos debemos presentar
bien... y habrá que desplegar
un poco de ostentacion...
Esto, amigos, es de ley:
comidas, bailes daremos,
á nuestra vez comeremos
con los ministros... el Rey...

FEDER. (*Estirándose el chaleco con aire de importancia.*)
¿Con el Rey?

NARCIS. ¡Estoy confusa...

CÉSAR. Y bailareis desde luego,
(*A Narcisa.*)
con algun Príncipe griego,
(*A Federico.*)
ó alguna princesa rusa.

NARCIS. ¡Oh, Dios!

FEDER. Pues iremos, sí.

CÉSAR. Las credenciales aguardo...

NARCIS. Y ¿tambien vendrá Ricardo...

CÉSAR. ¿El Ayudante?. . por mí...
Como algun nuevo registro
el ministerio no saque...
Me voy á poner un fraque,
tengo que ver al ministro...
Con que ¡muchachos! invoco
vuestra alegría...

NARCIS. Sí!

FEDER. Sí!

CÉSAR. (*Dirigiéndose á la habitacion de la derecha, en la que entra.*)
Bravo!... (Cuando os tenga allí,
os domaré poco á poco.)

## ESCENA XVII.

NARCISA.—FEDERICO.

NARCIS. ¿Has visto?

FEDER. ¡Dios soberano!

NARCIS. ¡Qué galante y qué cortés!

es papá!

FEDER. Vaya! pues si es
el hombre mas campechano!...
Tiene genio... y es un lince;
pero qué!... en cuanto le halagan...

NARCIS. Voy á mandar que me hagan
diez trages.

FEDER. Diez?... á mí quince.

NARCIS. Porque aquella capital...

FEDER. (¡Pobre *Fiorina*!... ya haré
por ella... la ajustaré
en la Academia Real.)

NARCIS. Pues es un grano de anis
lo que hay que hacer... me fatigo...

FEDER. Y luego ¿quién nos... eh? digo!
¡Con un baño de París...!

NARCIS. Pero si así nos estamos...

FEDER. ¡Qué viaje tan placentero!
*(Sale don Marcial por la puerta de la izquierda, trayendo del brazo á doña Casilda.)*

## ESCENA XVIII.

DOÑA CASILDA.—DON MARCIAL.—NARCISA.—FEDERICO.—*Despues* RICARDO.

MARCIAL. Cuando digo que no quiero.

NARCIS. Abuela! abuela! ¡nos vamos!

FEDER. ¿Abuelo? ¡*en route*!

MARCIAL. ¿Qué dices?

NARCIS. ¿Saben ustedes...

CASILDA. No.

NARCIS. Bah!
¡Está nombrado papá
embajador en París!

MARCIAL. Hombre!

CASILDA. *(Con indiferencia.)*
Me parece bien.

NARCIS. Nos lo ha dicho hace un instante...
*(Aparece Ricardo en la puerta derecha del fondo.)*
y vamos... (¡El Ayudante!...)

Ah...! ¿y usted vendrá tambien...
RICARDO. Yo?... me vengo á despedir...
á dar un adios eterno
tal vez...
NARCIS. ¿Pues cómo...
RICARDO. El gobierno
me manda al punto salir.
NARCIS. *(Viendo salir á don César.)*
¡Ay papá!...

## ESCENA XIX.

DOÑA CASILDA.—DON CÉSAR.—DON MARCIAL.—NARCISA.—FEDERICO.—RICARDO.

CÉSAR. ¿Qué? ¿Qué ha pasado?
NARCIS. Ricardo se vá...
CÉSAR. ¿Se vá?
RICARDO. Me han dado la órden...
CÉSAR. Ah!
Si el gobierno lo ha mandado...
Ya sabe usted la cartilla...
Y ¿á dónde la espedicion?
RICARDO. A unirme á mi batallon.
CÉSAR. ¿No está en Africa?
RICARDO. ¡En Melilla!
CÉSAR. Pues es un viaje, á fé mia,
divertido, una jornada...
Verá usted cómo le agrada
la costa de Berberia.
(Y á ver como no te ahorcas.)
NARCIS. (Ah!)
CÉSAR. Cuidado, amigo, mio,
con el ataque *del Rio*,
y con el cabo *Tres Forcas*.
RICARDO. Ya procuraré evitar...
NARCIS. (¡Pobrecillo!)
FEDER. *(Dándole la mano.)*
Adios, Ricardo.
RICARDO. Mi General... solo aguardo
si tiene usted que mandar...
CÉSAR. Nada, salud y buen viaje.

NARCIS. (¡Se vá!)
RICARDO. (*Saluda y se retira por el fondo.*)
(¡Qué brevita pierdo!)
CÉSAR. (*A sus hijos.*)
Con que ponéos de acuerdo,
y arreglad vuestro equipaje.
Si teneis necesidad
de alguna cosa...
NARCIS. Sí!
CÉSAR. Os ruego
que la compreis desde luego...
No lo dejeis...
LOS DOS. Bueno!
CÉSAR. Andad.
(*Los dos hermanos sumamente alegres se retiran cada cual por su lado.*)

## ESCENA XX.

DOÑA CASILDA.—DON CÉSAR.—DON MARCIAL.

MARCIAL. ¡Con que á las flores de lis
te vas?
CÉSAR. Hoy me sorprendió
la...
MARCIAL. Bien!
CASILDA. ¿Supongo que yo
iré tambien á París?
CÉSAR. Sentiré que no te cuadre
mi idea... No obstante, puedes...
pero es mejor que te quedes
para que cuides de padre.
CASILDA. (¡Vaya!... ¡pues me gusta el cargo!...)
MARCIAL. Tú conmigo, Casildita.
CASILDA. Tu padre no necesita
de tanto...
CÉSAR. Mas... sin embargo;
su edad es muy avanzada...
y yo no estaré tranquilo...
CASILDA. Vamos, lo que quieres... ¡dilo!
es convertirme en criada.
CÉSAR. No he dicho...

CASILDA. Pero cualquiera
comprenderá...
CÉSAR. Dalé! no...
CASILDA. Pues, amigo, lo que es yo,
no sirvo para enfermera.
Oiga! prefiero mis yermos
de Navarra... y allá voy,
y pronto!... que aquí no estoy
para cuidar estafermos.—
*(Se retira por la puerta de la izquierda.)*

## ESCENA ULTIMA.

DON MARCIAL.—DON CÉSAR.

MARCIAL. ¡Oh!...
CÉSAR. ¡Muy bien!
MARCIAL. ¡Ingrata!... ¡ingrata!
Me he quedado... lo confieso...
CÉSAR. Ya contaba yo con eso...
MARCIAL. Mas ¿no ves cómo me trata?
CÉSAR. Déjela usted, sorbo á sorbo
la ahogará tanto desvío.
MARCIAL. Ay!... los viejos, hijo mio,
solo servimos de estorbo.
CÉSAR. Será para los ingratos;
pero jamás para mí.
MARCIAL. Ya ves... solitario aquí
me quedo... ¡qué malos ratos
me esperan!...
CÉSAR. Pues qué, señor,
¿ha llegado á imaginar
que aquí le voy á dejar
abandonado...? ¡qué horror!
Vendra usted conmigo.
MARCIAL. Absorta
me dejas el alma... ¡Qué!
¿dónde voy? molestaré...
y á ochenta y cinco...
CÉSAR. No importa.
MARCIAL. ¡Oh asombro de los asombros!
CÉSAR. Se acerca la primavera,

y despacio... aunque tuviera
que llevarle á usted en hombros!

MARCIAL. César!... ¡por mí tan prolijos...

CÉSAR. Pues á un padre, ¿qué hay que iguale?
¡no se sabe lo que vale
hasta que se tienen hijos!
Vida de usted recibí...
Y ¿cuándo podré pagar
tantos dias de pesar
como ha sufrido por mí?
¡Padre de mi corazon!
hoy hombre y arrepentido,
de aquellas faltas le pido
arrodillado perdon.—

MARCIAL. (*Con creciente emocion.*)
¡Dios mio! cuánta bondad!...
(*Cogiendo entre las manos la cabeza de su hijo y besándole en la frente.*)
Deja te bese esta vez,
apoyo de mi vejez,
honor de mi ancianidad...
¡Al fin el cielo premió
tantos años de fatiga...
(*Sollozando y tendiendo las manos sobre la cabeza de César.*)
Hijo!... ¡que Dios te bendiga,
como te bendigo yo!—

FIN DE LA COMEDIA.

y desparecerá aunque tuviera
que llevarle á usted en hombros!

MARCIAL. Cesar!... ¡por mí tan prolijos...

CÉSAR. Pues á un padre, ¿qué hay que ignorar?
¿no se sabe lo que vale
hasta que se tienen hijos?
Vida de usted recibí...
Y ¿cuando podré pagar
tantos días de pesar
como ha sufrido por mí?
¡Padre de mi corazón!
hoy humilde y arrepentido,
de aquellas faltas le pido
arrodillado perdon.—

MARCIAL. (Con creciente emocion.)
¡Dios mio! cuanta bondad!...
(Cogiendo entre las manos la cabeza de su hijo
y besándole en la frente.)
Deja, no hace esta vez...
apoyo de mi vejez,
honor de mi ancianidad...
¡Al fin el cielo premio
tantos años de fatiga...
(Sollozando y tendiendo los ojos sobre la cabeza de Cesar.)
Hijo!... ¡que Dios te bendiga
como te bendigo yo!—

FIN DE LA COMEDIA.